HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

XX

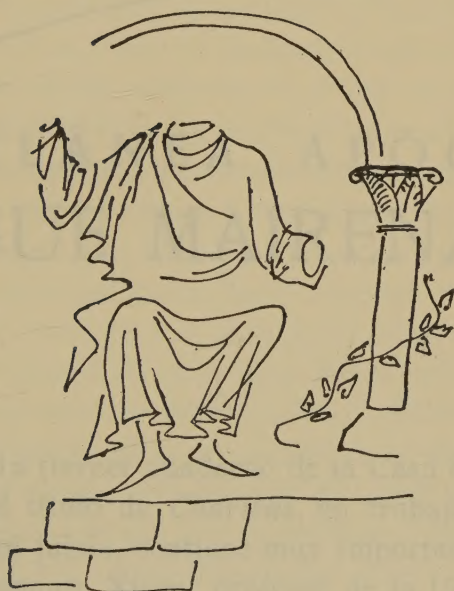
SUMARIO:

TRABAJOS DE *ANTONIO MACHADO, JOSÉ BERGAMÍN, ANDRÉS IDUARTE, EMILIO PRADOS, ROBERTO YOUNG, BLANCA CHACEL, JOSÉ HERRERA PETERE, M. ZAMBRANO, V. SALAS VIU, ALFONSO RODRÍGUEZ ALDAVE.* SUEÑOS DE GRANDEZA (NOVELA), POR *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

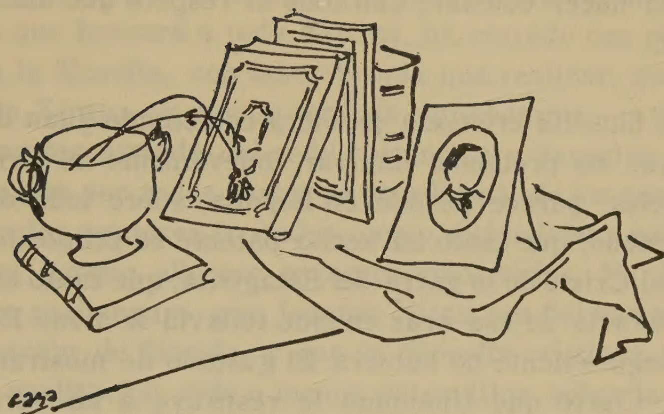


Viñetas de Ramón Gaya. — Barcelona, Agosto, 1938

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



MISCELÁNEA APÓCRIFA
SIGUE MAIRENA...

I

En «Madrid» (tercer cuaderno de la Casa de la Cultura) aparece, con el título de *Chăritas*, un trabajo de Joaquín Xirau, que, a mi juicio, contiene muy importantes temas de reflexión. Es Joaquín Xirau, profesor de la Universidad de Barcelona, un discípulo de Ortega y Gasset, en el mejor sentido de la palabra, que ha encontrado en la cátedra de su maestro ayuda y estímulos para pensar. Quiero decir, que Ortega y Gasset no le ha apartado de su natural inclinación, sino que, por el contrario, le ha confirmado y alentado en ella. Es sólo esta relación entre maestro y discípulo lo que

pretendo hacer constar, con todo el respeto que ambos me inspiran.

*

Una filosofía cristiana (hubiera comentado Juan de Mairena) que no pretenda enterrar, nuevamente al Cristo en Aristóteles, parece posible en España, sobre todo después de Unamuno, que tanto ha hecho patente su propósito de libertar al Cristo de la garra del Estagírita, que tanto hizo por desenclavarlo de esa cruz en que todavía le tiene Roma y donde seguramente no hubiera El gustado de mostrarnos su agonía. Cierto que Unamuno le restituye a su verdadera Cruz, aquélla en que fué realmente enclavado y a aquella otra más duradera en que San Pablo lo enclavó para siglos. Porque después de San Pablo ha sido difícil que el Cristo vuelva a asentar sus plantas sobre la tierra, como quisiéramos los herejes, los reacios al culto del Cristo Crucificado.

Yo no sé si Joaquín Xirau milita entre los nuestros, los decididamente antieclesiásticos por razones metafísicas. Su trabajo *Charitas*, donde pone muy de resalto la hetereogenidad, la irreductible oposición entre el eros platónico-aristotélico y el amor cristiano, no me autoriza a tanto. Lo que si me atrevo, sin embargo, a sospechar es, en primer término, que Xirau parece no intentar una nueva escolástica sin Aristóteles, quiero decir, una justificación del dogma cristiano, aunque al margen del intelectualismo helénico; y, en segundo lugar, que en sus meditaciones sobre el *Cristianismo* no ha de hacer tanto hincapié en la Crucificxión como el maestro Unamuno — el gigantesco y españolísimo Unamuno—que no ha de tomarla como esencial punto de mira; porque no es el Cristo agonizante lo que más le interesa.

Paréceme, por lo demás, que Joaquín Xirau, un catalán de pro que honrará a toda España, ha entrado con pie derecho en la filosofía, con labor propia que realizar, que no es Joaquín Xirau — y mucho sentiría equivocarme — oveja más o menos descarriada del redil romano, con excesiva convicción de que por todas partes se va a Roma, de los que guiñan el ojo a los pastores irritados, como diciéndoles: paciencia, amigos, porque allá nos encontraremos todos. No. Es muy posible, casi seguro, que Joaquín Xirau sea fiel hasta el fin a su vocación de filósofo, y que su filosofía cristiana sea una honda meditación, más o menos sistemática, sobre la ingente experiencia del Cristo todavía en curso, que sea precisamente en Roma donde *no* se le vea nunca. Yo ruego a mis dioses — como dijo Darío — que así sea.

II

Tiempo es ya, tiempo es acaso todavía, de que los españoles intentemos los más hondos análisis de conciencia.

¿A dónde vamos? ¿A dónde íbamos? Preguntas son estas que llevan aparejadas otras, por ejemplo, ¿con quiénes vamos? ¿quiénes van a ser en lo futuro nuestros compañeros en el viaje de la historia? ¡Si la guerra nos dejara pensar!...

Pero la guerra es un tema de meditación. Los filósofos no pueden eludirlo en nuestros días. Cierto que para ellos la guerra plantea un problema difícil. Dentro de la guerra hay un deber imperioso, que el filósofo menos que nadie puede eludir: el de luchar y si es preciso el de morir al lado de los mejores. Para luchar, empero, hay que tomar partido, y ello

implica una visión muy honda de los propios motivos — ciertamente tan honda que se les vea coincidir con las razones— y otra, digámoslo sin rebozo, demasiado turbia y harto superficial de los motivos del adversario. Esto pudiera cohonestar la conducta del filósofo que, para meditar sobre la guerra, pide apartamiento, del hombre que se abstiene *filosóficamente* de opinar, lo que, en cierto modo, supone abstención de la lucha. Más en oposición a esta exigencia de distancia para la visión, hay otra de vivencia (admitamos la palabreja) que toda honda visión implica. Y acaso sea algo frívola la posición del filósofo cuando piensa que la guerra es una impertinencia que viene por sorpresa a perturbar el ritmo de sus meditaciones. Porque la guerra la hemos hecho todos y es justo que todos la padezcamos; es un momento de la gran polémica que constituye nuestra vida social; nadie con mediana conciencia puede creerse totalmente irresponsable. Y si la guerra nos aparece como una sorpresa en el ámbito de nuestras meditaciones, si ella nos coge totalmente desprevenidos de categorías para pensarla, esto quiere decir mucho en contra de nuestras meditaciones, y en pro de nuestro deber de revisarlas y de arrojar no pocas al cesto de los papeles inservibles.

III

Siempre he creído — decía Mairena a sus alumnos — que la confesión de nuestros pecados y, lo que es más difícil, de nuestros errores, la confidencia que, en cierto modo, nos humilla ante nuestro prójimo — (sacerdote, médico, maestro,

amigo, público, etc.) — formará siempre parte de una técnica psicológica para el lavado de nuestro mundo interior, y para el descubrimiento de los mejores paisajes de nuestro espíritu. *Item mas*, el hombre se hace tanto más fuerte, tanto más se ennudece y tonifica, cuanto más es capaz de esgrimir el látigo contra si mismo. Todo, amigos, antes que engolados abogadetes de vuestras personillas — dejad que se las coman las ratas — porque dareis en literatos de la peor laya, ateneistas en el impeorable sentido de la palabra.

*

Reparad en como yo, que tengo mucho, — bien lo reconozco — de maestro Ciruela, no esgrimo, sin embargo, nunca la palmeta contra vosotros. Mas no por falta de palmeta. La palmeta está aquí, como veis, a vuestra disposición, y yo os invito a que la useis, aplicandoosla, cada cual a si mismo, o sacudiendo con ella la mano de vuestro prójimo, mas siempre esto último a petición suya. Porque de ningún modo conviene que enturbiemos con amenazas el ambiente benévolo, fuera del cual no hay manera de aprender nada que valga la pena de ser sabido. Cierto que hay faltas que merecen corrección, mas son de superficie y podemos no reparar en ellas, y otras, más graves, previstas por las leyes del reino. No nos interesan, desde un punto de vista pedagógico. Nuestros yerros esenciales son hondos, y es en nosotros mismos donde los descubrimos. Si acusamos de ellos a nuestro prójimo, quizás no demos en calumniadores, pero estableceremos con él una falsísima relación, terriblemente desorientadora y descaminante, de la cual todo maestro ha de huir

como de la peste. Porque indirectamente nos proponemos como modelo, no siéndolo, con lo cual le mentimos y le cerramos al mismo tiempo la única vía, o la vía mejor para que descubra en si mismo lo que ya nosotros hemos descubierto. Cometemos dos faltas imperdonables : la una antisocrática, no acompañando a nuestro prójimo para ayudarle a bien parir sus propias nociones, la otra, mucho más grave, anticristiana, por no haber leído atentamente aquello de la primera piedra, la profunda ironía del Cristo ante los judíos lapidadores. ¿Y qué pedagogía será la nuestra, si nos saltamos a la torera a ese par de maestros?

IV

La editorial Europa-América — hubiera dicho Juan de Mairena en nuestros días — viene dando a la estampa una serie de diminutos cuadernos muy bien elegidos, para demostrarnos que no siempre es en vano el gemido de las prensas. Todos son de leer y de meditar. Su extremada brevedad no empece a su excelencia. Más uno hay entre ellos que a mi me parece una verdadera joya: el titulado « Nuestra experiencia revolucionaria » y que contiene el diálogo entre Wells y Stalin, en 23 de julio de 1934.

El inglés ha estado en Norte-América, para visitar a Roosevelt, y ahora viene a Moscou, para conversar con Stalin. No es, pues, Wells hombre que se chupe el dedo, y como buen inglés, aunque algo americanizado, no es hombre que guste de perder su tiempo. Lo recibe Stalin con franca cordialidad, sin arrumacos, sin prejuicios tampoco ni reservas

mentales, más como un hombre que está necesariamente algo de vuelta. Porque Wells a fuer de anglo-sajon es esencialmente antirrevolucionario; le asusta todo trastorno político y social. Stalin no es un fanático de la Revolución, pero carece del prejuicio antirrevolucionario. Hay en Stalin una claridad de ideas y una virtud suasoria que no alcanza nunca su interlocutor. Al inglés no le abandona todavía el miedo a la aventura; el eslavo tiene la tranquila seguridad de quién posee una experiencia. Ambos dicen estar de acuerdo en que el mundo capitalista se desmorona. — Allá ellos — añadiría Juan de Mairena. Pero, aceptada la tesis ¿cómo no admitir la implacable lógica revolucionaria de Stalin? De aquello que se desmorona hay que esperarlo todo menos una transformación; porque si fuera capaz de transformarse, claro está que de ningún modo se desmoronaría. Substituir, construir y ayudar a caer: tal es lo esencialmente revolucionario para Stalin. La historia de todas las revoluciones le da la razón ampliamente. Quiero decir que Stalin ha visto la historia con sus propios ojos y no es fácil que se le engañe. A Wells se la han contado, y no precisamente los que la han hecho.

En cuanto a la dictadura del proletariado ¿porqué nos asustan tanto las palabras? Si el barco necesita nueva tripúlación y nuevos capitanes ¿porqué no reclutarlos en el mundo del trabajo, cuando el del capital es — por definición aceptada — el de las viejas ratas que corroen la nave? La lógica sigue siempre del lado de Stalin. ¿La lógica nada más? ¡Ah! Yo no soy más que un aprendiz de sofística, en el mejor sentido de la palabra.

En verdad — hubiera concluído Juan de Mairena, al margen ya de sus lecturas — que no son las palabras lo que más

asusta, sino ciertas imágenes groseras que en muchas cabezas suelen sustituir a las ideas, por ejemplo: alguien empeñado en bordar las lises borbónicas en unas alpargatas de albañil, unas botas de charol en la espuerta de la basura, etcétera, etc. Y con estas figuraciones claro está que no se puede ir a ninguna parte.

ANTONIO MACHADO

A CRISTO
CRUCIFICADO
ANTE EL MAR

« Solo, a lo lejos, el piadoso mar ».
Unamuno.

I

No te entiendo, Señor, cuando te miro
frente al mar, ante el mar crucificado.
Solos el mar y tú. Tú en cruz anclado,
dando a la mar el último suspiro.

No sé si entiendo lo que más admiro:
que cante el mar estando Dios callado;
que brote el agua, muda, a su costado,
tras el morir, de herida sin respiro.

O el mar o tú me engañan, al mirarte
entre dos soledades, a la espera
de un mar de sed, que es sed de mar perdido.

¿Me engañas tú o el mar, al contemplarte
áncla celeste en tierra marinera,
mortal memoria ante inmortal olvido?

II

(Tormenta)

Ven ya, madre de monstruos y quimeras,
paridora de música radiante;
ven a cantarle al Hombre agonizante
tus mágicas palabras verdaderas.

Rompe a sus pies tus olas mensajeras,
deshechas en murmullo suspirante.
De la nube sin agua, al desbordante
trueno de voz, enciende tus banderas.

Relampaguea, de tormentas suma,
la faz divinamente atormentada
del Hijo à tus entrañas evadido.

Pulsa la cruz con dedos de tu espuma.
Y mece, por el sueño acariciada,
la muerte de tu Dios recién nacido

III

No se mueven de Dios para anegarte
las aguas por sus manos esparcidas;
ni se hace lengua el mar en tus heridas,
lamiéndolas de sal, para callarte.

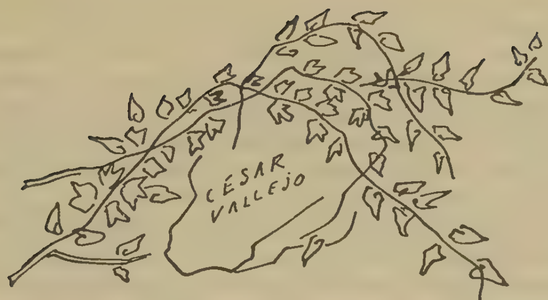
Llega hasta tí la mar, a suplicarte,
madre de madres por tu afán transidas,
que áncles en tus entrañas doloridas
la misteriosa voz con que engendrarte.

No hagas tu cruz espada en carne muerta;
mástil en tierra y sequedad hundido;
árbol en cielo y nubes arraigado.

Madre tuya es la mar; sola, desierta.
Mírala tú que callas, tú caído.
Y entrégale tu grito arrebatado.

JOSÉ BERGAMIN

Estos tres sonetos se escribieron expresamente para Jacques Maristain, y a él los dedico.
Barcelona, agosto de 1938



CÉSAR VALLEJO

César Vallejo ha caído. El gran escritor peruano ha muerto el 15 de abril en una clínica del parisiense boulevard Arago... Pero no digamos más que ha muerto. Decir que ha muerto es poco. Porque Vallejo ha caído... No se fué, no se extinguió, no se apagó... Cayó: la vertical pasó a la horizontal de un golpe, como un traumatismo. Su vida tensa, altiva, erguida, estética, soltó la flecha, y vibró la última energía. Cayó no menos que sus compañeros ibéricos e incaicos que arrostraron la metralla bajo el sol español, que ocupara la memoria de Vallejo en su último minuto. Estaba ahí. Murió en los campos de España. No lo engañaba su delirio. Su última frase: «me voy a España, a España», nos dice lo que ya sabíamos: cayó en plena batalla, en pleno fragor, en pleno alzamiento contra la infamia, la injusticia y la ruindad humanas. Estas reventaron el pecho heroico del indio de Cajamarca Fidel-Vergara, estas atravesaron —felizmente sin abatirlo— el torno del mestizo de Trujillo Clemente Montenegro. Las mismas asesinaron a este hombre, con su mano artera, en el Boulevard Arago. La mano de la infamia tiene mil dedos y persigue al hombre puro bajo todos los cielos.

César Vallejo era el tipo acabado del intelectual revolucionario; del escritor populista: la inteligencia y la sensibilidad consagradas al amor, al servicio y a la interpretación del pueblo. Su vida toda lo dice.

2

Hijo de una familia numerosa de Santiago del Chuco, la región serrana del Departamento de la Libertad de la República peruana, conoció desde niño la vida dramática del campo feudal de América. La extracción social semiburguesa no le hizo olvidar la injusticia social ni las calidades de su raza oprimida. No era indio puro, pero su color de bronce y su perfil cortado a pico denunciaban el gran porcentaje de sangre indígena. Por algo sus amigos lo llamaban cariñosamente «el cholo Vallejo» y con intención dolosa sus enemigos peruanos, casi todos estos con el tipo de criollito de raza dudosa, «blancuzca» a lo sumo, aparentemente caucásica por la pigmentación, que se siente una segunda edición del cortesano español de la época imperial y que no es sino su caricatura. «El cholo» estaba muy bien para Vallejo: miembro de la raza vencida y esquilmada y quien, a pesar de poder abandonarla, se consagraba a su defensa. ¿Cuántos peruanos, indios o mestizos, escapados de la miseria en que gimen los de su sangre, andan buscando antepasados europeos y hurgando diccionarios y archivos para encontrar el origen del nombre que a sus abuelos siervos colocó el encomendero o el patrón inglés de la mina? ¿Cuántos viven paladeando el aristocrático que deriva de un lejano matón de la Conquista o de un blandengue parásito de la Colonia?... La postración del indio peruano se mantiene al lado de la supervivencia de los orgullos y las cursilerías del aristocratismo colonial, que en México fué arrancado casi de cuajo por el levantamiento de sus indios altivos. «El cholo Vallejo» y otros «cholos» heroicos, como Fidel Vergara y como los caídos silenciosamente en los campos y en las cárceles peruanas, son los indios de la vanguardia que, con un sentido moderno, significan para el Perú lo que para México fueron los de la Reforma: Juárez, Altamirano, el «Nigromante» Ramírez...

En la América se hermanan la causa de la justicia social y la defensa de una raza de grandioso pasado en Anahuac, en Yucatán y en el Perú. Pero no por eso resbaló Vallejo hasta un indianismo rabioso, exaltado, racista, que no es más que el reverso de la medalla de los dolicocéfalos rubios. No podía caer en él porque su cultura era universal y porque su corazón era ancho como el de los primeros cristianos. «Id e instruíd a todas las gentes» y «Con todos se ha de lograr, para el bienestar de todos», sabía que dijo la voz de la nobleza desde Galilea y desde las Antillas. «Uníos, proletarios del mundo», sabía que alguien concretó. No negó su raza de proletarios viviendo entre la gente dengosa y virreinal de Lima, no olvidó el dolor humano codeándose con los privilegiados en la Universidad de San Marcos, en donde estudió letras y derecho. Pero estos pecados de lesa explotación merecen la cárcel, y en la Penitenciaría de Lima fué recluído Vallejo durante seis meses. Allí escribió «Escalas» —antes había escrito «Heraldos Negros», su primer libro— y de

allí lo sacó la campaña de prensa que a su favor llevó a cabo Antenor Orrego.

Poco después salió rumbo a Europa —1923—, la recorrió más tarde y conoció especialmente a la Francia intelectual y proletaria —que hay muchas Francias que no ve el ojo grueso del turista corriente—, en la que residió hasta la hora de su muerte. No vivió el París de las conferencias estiradas, ni el de la tiesura universitaria, ni el de la juerga criolla en que corre el champagne y la sangre del pueblo de América. Sentidor y militante de la causa del mundo, hizo cuanto podía permitirle su honrosa pobreza. Hubiera escrito y publicado más si dobla las manos y se somete al caudillismo americano. Hubiera gozado de honores, de cargos importantes y de un buen vivir. Pero su obra no hubiera tenido nunca el aliento de la que hizo en el apartamiento y en la amargura, entregado a la lucha mundial pero no menos atento a la palpitación peruana. El hombre ha de dedicarse, decía José Martí, «a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea superior a lo ajeno ni más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria». Desde la forzada ausencia vivía Vallejo en su Perú.

Su sentido universal lo incluyó en el internacionalismo comunista y durante su estancia en Madrid, en el año 31, fué uno de los fundadores de una de las primeras células de intelectuales españoles.

Pero ni un solo minuto dejó de ser lo que era: escritor. Y en España publicó tres libros, uno antiguo, «Trilce», colección de versos profundos; y dos nuevos: una novela que se llamó «Tungsteno» y un emocionado y juicioso reportazgo de la U. R. S. S., que acababa de visitar, «Rusia 1931».

Los «Poemas» —colección de los que en silencio siguió escribiendo— y los «Poemas de la guerra de España», que serán una revelación para el hombre libre y sensible del mundo, rematan la obra de este escritor tan universal y tan peruano.

En «Tungsteno» está entero el americano que desde Europa vive el dolor de sus indios, enrolados para las minas que atrapó y escarbó, con sudor incaico, el aventurero inglés o yanqui. No falta en ella el cura, el comerciante, el médico, el amanuense y el ingeniero criollos vinculados al crimen social. Pero en ninguna página lo arrebató la demagogia ni la tecnicomanía. Toda la novela está hecha de emoción humana, de ternura hasta las lágrimas.

Lenin puso empeño —cuenta Chapovalov, el anarquista que pasó al comunismo— en adquirir «la caliente cordialidad de los *narodniki*». Los

primeros años de actividad los pasó en la tiesura de los que por ser militantes creen que no deben ser humanos. Después se dió cuenta de que no es posible ser un buen revolucionario antes de ser un hombre bueno. Para poco sirve el conocimiento económico del mundo y la seca interpretación de la historia si no se vibra con el dolor del hombre, intensamente, sin por eso caer en cristianismos desmayados. César Vallejo tenía una ternura blanda y dulce, encubierta por su autodominio indígena. Los versos de «Trilce» están acribillados del recuerdo de la madre muerta, de «La muerta inmortal», como él la llamara. La reminiscencia infantil está siempre en los labios del hombre bueno que nunca dejó de ser niño:

«Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.
Madre dijo que no demoraría.
Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría».

La madre ampara y calienta su recuerdo poético.

Escribía Vallejo sus versos en el español gustoso del Perú, clásico e indígena al mismo tiempo, que estaba impregnado del sabor de la tierra y del calor de la madre.

«Madre voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.
Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida...
... ...
Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde

hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí.
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.
Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.
Así, muerta inmortal.
Así».

En el recuerdo de la madre refugia su dolor de vivir:

«Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus puros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera de amor,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
en las cerradas manos recién nacidas.
Tal la tierra oirá en tu silenciar,
cómo nos van cobrando todos
el alquiler del mundo donde nos dejas
y el valor de aquel pan inacabable.
Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuanto tú nos lo diste,
¿di mamá?

«Nos van cobrando todos el alquiler del mundo», decía a su madre este hombre doliente y callado. Pero soportaba las penas con estoicismo indígena:

«Y me retiro hasta azular, y retrayéndome
endurezco, hasta apretarme el alma...»
«Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal...»

Gerardo Diego, refiriéndose a esta categoría de Vallejo, precisó hace años:

> «*Piedra de estupor*
> *y madera dulce de establo...*»

La ingenuidad niña y la excepcional energía se ensamblaban en su alma: tierna, pero retirada «hasta azular», «apretada», «vegetal». Piedra de estupor ante el mundo y madera dulce de establo, patinada por los años y el encierro del hueco en que escondía su ternura; mineralizada como los bosques antediluvianos soterrados secularmente.

Vallejo se sabía lo que descubrió en sí mismo Keyserling al alcanzar la puna americana: «Supe entonces que... era tierra y pura fuerza telúrica». «Adquirí conciencia de mi propia mineralidad». «El hombre de aquellos parajes es propiamente mineraloide».

Vallejo era hombre de montaña, indio casi puro y poeta. «El hombre que habla en verso —decía el mismo Keyserling— es, con respecto al que habla en prosa, el más telúrico, pues vibra conforme a las leyes numéricas de la naturaleza». La misma vibración cósmica, el mismo «dolor flotante» de América, atraviesa laberintos y remolinos y habla por boca de otros dos grandes poetas: Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

«La poesía de «Trilce» —decía Bergamín en su prólogo— es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre y dolorido, casi salvaje. Esto la aproxima y la aparta, a su vez, del poeta americano Neruda, también oscuramente dolorido y hosco, pero con distinta sensualidad de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y acaso más rica en tonalidades...» En el sacudimiento profundo y sensual de la poesía del chileno hay más contacto con la vida, más saboreo del placer, más emoción cotidiana. Al lado de orientales deslizamientos hay en ella un entusiasmo de orígenes indudablemente españoles que lograron para él la comprensión de España y su fama en la Península. Aparte de su extraordinario genio poético, este parentesco favoreció el entendimiento de su obra entre la juventud literaria de España, que en vida no alcanzó la palabra recatada y taciturna de César Vallejo.

Una actitud más desolada, desgarrada, sangrante, va en el grito de Gabriela Mistral. Su poesía denuncia unas manos enclavijadas y unos ojos fantásticos, exaltados por la frente poderosa y las líneas desesperadas de sus cejas: poesía y rostro de sibila, que nadie hubiera osado disputarle nacida en otras épocas y otros climas. Su condición de mujer la entregaba, más que a los otros dos grandes sentidores, a la ternura de madre y al arrebato ardiente. Pitonisa, euménide o esfinge, ella es

y se siente parte del devenir cósmico. Va en ella, como en nadie, el destello del genio trágico, universal. Pero con raigambre americana, de la tierra de América, que en Gabriela Mistral se exhibe desde lo inconsciente o a lo consciente, desde su poesía hasta su conocimiento y su amor de viajera y de geógrafa por la montaña y el valle americanos, desde la armoniosa meseta mexicana hasta su originario valle de Elqui.

Los tres poetas son el resumen de una sensibilidad continental. Vallejo es la queja más vaga y subterránea. «El hombre americano es esencialmente taciturno. Tanto más taciturno cuanto más profundo es. Cuanto más grave es un conflicto, más retiene su voz», observaba justamente Keyserling, atrapado por el fenómeno americano. Así retenía su voz Vallejo:

«Si lloviera esta noche, retiraríame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada hubiera ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.
O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro
pulso,
esta noche así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.
Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alcanzaré a librarme.
No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

Se había desprendido, mínima partícula, de su todo telúrico, y lo lamentaba. Su breve viaje fuera del todo lo desolaba. Su aspiración recóndita fué borrarse, difuminarse, reintegrarse.

Pero en la vida de todos los días ¡qué ausencia de gemidos! Gemir alto es esperar, es pedir. Sólo conocieron su dolor sus amigos íntimos. Oyéndolos se me han venido a las mientes, continuamente, estas dos palabras: «los inermes». A la selecta raza de los inermes pertenecía Va-

llejo. Inermes —es claro— desde un punto de vista material y cotidiano. Inermes porque carecen de la malicia necesaria para engañar, de crueldad para herir, de servilismo para adular, de vanidad para exhibirse, de codicia para llegar a tener, de estupidez para corear... No tuvo ni el apetito de ser admirado. No quiso, tampoco, administrar su propaganda de estor y poeta. Le faltaba toda condición para eso que llaman «el éxito». No admitió ser poeta bufón de poderosos, ni secretario de imbéciles, ni traspunte de badulaques, ni aprovechador de demagogias. Por eso sólo conocieron su talento y su corazón los que por azar, por amor o amistad coincidieron con él en la vida. Pero, a pesar de todo ello, su obra —escrita en el escondite de su pobreza y de su amargura— lo salva de toda frívola acusación de negación o egoísmo.

Vivió en la amargura y en la pobreza, pero sin rencor ni resentimiento. Eludió la caravana y la maniobra, el servilismo y el embuste, pero sin caer en el escepticismo ni en la cólera. Supo, incluso, ver las humanas bajezas con más lástima y pena que desprecio. No cayó nunca en el grito estridente de protesta. Ni siquiera huyó de los hombres: murió siendo un militante de la causa del pueblo.

Muerto ya, sin que su pureza pueda herir a los que no la tienen, su obra alcanzará mayor espacio y será escuchada. La aclamarán, quizá, hasta sus odiadores.

Pero no olvidemos nunca que este valor, abandonado, llevó una vida angustiada, en el destierro y en la miseria, por causa de la brutalidad y de la tiranía política. La muerte de Vallejo la produjo, sencillamente, el hambre a que lo condenó su nobleza. Lo que haya dicho un acta médica de defunción carece de importancia.

Luchó hasta la última hora en el campo que le correspondía: en el de las letras, en el de la sensibilidad y el pensamiento. En el último delirio repetía —dicen los que lo rodeaban— el nombre del campo glorioso en que otros caían ensangrentados: el de España. En España publicó sus últimos libros, a España hizo su último viaje, para su pueblo escribió sus últimos poemas, el último sol de su memoria fué el de España.

La causa de los oprimidos —la del pueblo español como la de los indios soras que defendió en Tungsteno— apunta adolorida el nombre de otro de sus mártires.

ANDRÉS IDUARTE

DESTINO FIEL

¿Qué tengo yo que en medio de esta hoguera
donde la muerte ataca de continuo,
por dentro de sus llamas me manejo
y en ellas, si ardo más, tanto más vivo?

¿En dónde está mi cuerpo, que aun reposa,
cuando la noche ofrece a mi fatiga
lecho de sombra y sueño iluminado,
si por sus lentos párpados se olvida?

Me persigue la fuerza que me acaba
y más la miro porque me acompañe.
Si más me aprieta, más alegre pido
que apriete más porque el dolor me salve.

A veces tanto extraño que aun persista
de pie en el mismo suelo levantado,
donde tanto he perdido y aun me queda,
que mi presencia busco por mi tacto.

Hallo mi piel y en ella mi destino
y al encontrarlo más mi temor crece:
¿Vivo en la muerte acaso por ventura
y es mi congoja sólo estar ausente?

En medio de la guerra se debate
inútilmente esta desdicha mía
de no perder mi amor por su locura
y no entregarlo entero a su porfía.

Y aunque puebla mi sueño su tormenta
y en los salones del recuerdo hallo
preparadas las armas de la muerte,
sus armas dejo y sólo mi voz alzo.

Pero al mirar a tierra, en mis pies mismos
siento que se desangra mi memoria,
que tanto está quitándome la guerra
que temo un día verme ya sin sombra.

No estoy deshabitado ni vencido,
aunque continuamente devastado
por tanta angustia cruel que me combate
los campos de mi cuerpo desdichado.

Murieron mis amigos. Los más fuertes,
primeramente entraron tras sus ímpetus,
pisando por su gloria, en las tinieblas
que los condujo a sus eternos ríos.

Sin tocar las batallas bajo el viento,
hermosos en su lucha misteriosa,
los que llamaron débiles en vida,
dan fortaleza, muertos, con su historia.

Dentro y fuera, el dolor va conduciéndome
con mi amargura a soledad tan torpe,
que el sentirme vivir sólo es mi apuro:
¿Qué tengo yo que el mundo así me escoge?

Sobre la misma piel que la contiene
modela el mismo cielo mi figura.
Hora tras hora en libre movimiento
la abandona a los sueños que la alumbran.

Igual caudal enseñan las corrientes
de los internos ramos de mis venas
Si en el agua me miro, allí mis ojos
copian la misma luz por que navegan.

Cruzo la guerra y con las mismas armas
que en mi niñez, por ella voy vestido...
¿Por qué la muerte al verme así se aleja?
Triste sino nacer y quedar vivo.

Vine serenamente al mundo. Ileso
atravesé la selva de su engaño,
ocupándome activo en la aventura
de preparar la luz de mi trabajo.

Un tesoro invadió mi gran cosecha:
el mar, la tierra, el cielo, la palabra,
el hombre hermoso bajo el sol severo...
Ya todo, hasta la vista, me sobraba.

Ay, la guerra que incendia los caminos
y a la desolación y espanto enseña
alucinada el vuelo que destruye,
arremetió también con mi cosecha.

Pisó su pie candente en las semillas:
la fina adolescencia en que se alzaba
la generosidad que la ejercía,
se lanzó, por salvarla, entre sus llamas

Todo desbaratado ya gemía.
La alegría y el orden, preparados
en constantes esfuerzos con las horas,
en sangrientas cenizas se cambiaron.

Tonsuraron sus hilos las riquezas,
la miseria se alzó con arrogancia,
se buscaron los hombres sin hallarse:
sólo reconocieron ya sus armas.

Las casas destruídas, sus escombros
húmedos por la sangre fratricida,
como terribles flores del espanto
en las ramas del odio se ofrecían.

Como cuchilla el ojo se aguzaba
clavado en la sospecha del hermano.
El amante, inseguro de su dueño,
de amor languideció martirizado.

Ay, la guerra no estaba en mi tesoro.
¿Dónde poner mi cuerpo en estos trances?
¿Adónde me llevó con sus tormentas
tan fatal tiempo en sus terribles aires?

Blanco es el pan y es en la paz sabroso,
igual que el vino es dulce en la alegría;
pero el vino y el pan con muerte nacen,
al dar mosto la uva, el trigo harina.

De los terribles fuertes vendavales
que asolan los pedazos de esta tierra
como el vino y el pan, desde la muerte
un hombre nace y su verdad eleva.

Con él mi cuerpo vive y se acompaña:
mi mismo cuerpo nace en su victoria.
¿Qué tengo yo que en medio de esta hoguera
ni muerto estoy, ni vivo soy aurora?

Sólo tengo mi voz y aquí la pongo.
Mi canto dejo, igual que sus espumas
deja el mar por la arena que visita:
así mi voz derramo por mi pluma.

Así dejo mi voz, mojada en llanto,
porque apartado de la muerte vivo.
Quisiera desprenderme de mi cuerpo
por ver más pronto lo que tanto ansío.

Mas si nada merezco y con mi sombra
he de acabar las horas que aun me quedan:
cumpla mi voz lo que mi vida pierde,
lo que la muerte de mi vida espera.

Que cuando al fin la guerra esté en su término
y se pierda en los tiempos la ceniza
de esta terrible llama en que nos prende,
mi voz, bajo la paz, se oirá más viva.

EMILIO PRADOS

M O R A

I

El viaje nos llevaba por los montes.
¡Leonada tierra, con la hierba verde,
viñas verde-botella y grises árboles
bajo la luz de un ala de aeroplano!
(Rojos, tan sólo, en el viaje, el polvo
y Mora de Ebro, roja por las llamas).
Recuerdo las deshechas tapias, recuerdo el vino,
las inmóviles faces en el atardecer,
las ciruelas bañadas en polvillo de sol.
Un estrellarse de olas en las viñas
—el sol prendía fuego a los almendros.

El viaje nos llevaba por los montes,
por un camino abierto entre escombros antiguos.
En la verdosa noche de los faros,
pánicos cráteres del Ebro.
Amarilla la arena entre la noche
y el mar lejano.
(¡Cómo arde la hierba dando llamas!)

El viaje nos llevaba por colinas
cuyas arenas eran de oro a la atardecida,
de un líquido matiz teñido el cielo.
Mora de Ebro moría a la luz de los faros,
se abrasaba en el alba Mora de Ebro.
Entre viñedos se derrumbaba el palacio.
¡Rompientes de humo y nube!
¡Oleadas que suben de las viñas!

II

Tocaban a su término los campos, y la arena
se estrellaba en colinas crespas de monte bajo, florecidas de tojos;
pero estábamos lejos del mar.
En el puerto, navíos con los fuegos encendidos,
rebrillar de fanales.

En la arena crecía, ralo, el tojo espinoso,
y no había castillos que alzasen sus murallas.
¡Horror!
El ala del aeroplano era como un cuchillo,
como un arado que desgarra con blando sonido la tierra
—y una vez más oímos el mar.
Había calabrotes y murallas de puerto
y un olor de alquitrán,
y marineros que encendían luces en el timón.
(¡Oh, las verdes murallas del mar!
¡Oh, las columnas y las nubes del mar!

Yacía en la trinchera, herido.
Como un vino que fermenta, se revolvía su cuerpo contra la herida,
verde por la grangrena y el polvo de las hojas.
¡Vino! — estaba herido.
Daba vueltas su cuerpo, revolvía los ojos, el cuerpo revolvía.
¡Oh, vino que derrama sobre la playa el mar!
Sólo el vino, indeciso, vacilante,
con miedo de la muerte
—y estábamos lejos del mar.

Hablaba en un susurro, con el frío del acero,
como si respondiese al frío del acero.
Se revolvía, se encaraba con las olas.
¡Oh, las verdes murallas del mar!
(¡Oh, las columnas y la nubes del mar!)

Se moría como un arado que cercena la tierra con blando crujido
—pero estábamos lejos del mar.

ROBERTO YOUNG.

(Trad. del inglés, por J. M. Q. P.)

CUESTIÓN PREVIA
Y SITUACIÓN CRÍTICA

No puede pasar inadvertido al lector del discurso pronunciado por el Presidente de la República, D. Manuel Azaña, el 18 de julio de este año, tercero de la guerra, la gravedad crítica de su tono, la naturaleza moral de su acento. Nos hallamos ante la autenticidad de una voz eminentemente española. Y de tan clara estirpe, que será difícil a ninguno que verdaderamente se sienta español y como tal se entienda, no comprenderlo de este modo. Más para el escritor, para el poeta, hay algo en ello que le alcanza más íntimamente. No siempre en el lenguaje político en cuentra modos de expresión que le sean tan familiares. Ni aún en España, donde la palabra hablada se mantiene siempre en la corriente viva de nuestro lenguaje popular. Unicamente que en el escritor, en el poeta, se verifica esta identificación más honda y claramente. Pueblo y literatura corren juntos, en todos los tiempos españoles, por un mismo cauce.

En este, como en otros discurso de D. Manuel Azaña, encontramos ante todo, este don auténtico de la más viva, tradicional y pura españolidad. Y la sencillez, la precisión, la claridad, resaltan en él con tal evidencia, lisa y llana, que nos llega su voz al oído como a los ojos el limpio, nítido horizonte de nuestros paisajes de Castilla. Muy español y muy castellano, el decir de esta noble voz, de este sobrio y apretado estilo, traza ante nosotros un pensamiento, igualmente atildado en su extremada depuración que profundo en su sentimiento. Con palabras que quedarán resonando mucho tiempo aún, —hasta más allá de estos años, quizá hasta ese misterioso porvenir que expresamente eluden— se definen en este discurso los principios, que son los fines, de la lucha presente. Apenas si alguna vez se inicia, melancólico, un dejo de apasionado escepticismo. Apenas si por la noble frente pensativa pasan, como sombras, aquellas «manos de la melancolía» a las cuales no se resignaba a morir Sancho. No se posa en ellas la frente; y, en principio,

con suave ademán se apartan; pues, si luego, se aceptan, es para afirmar, en definitiva, palabras de amor y de esperanza.

Escuchemos estas palabras:

«A los españoles que han favorecido y aprovechado la invasión extranjera se les dice, para consolarlos, que esa invasión, con todas sus incalculables consecuencias, que todavía no se han puesto a la luz del todo, es la piedra angular en que se ha de fundar el nuevo Imperio español. ¡Fantástico Imperio! Si un Imperio español fuese posible y deseable, que no lo es, no bastaría el decretarlo en una Gaceta Oficial o en unas arengas políticas. ¡Y sería un singular Imperio que, para nacer, comienza echándose a los pies de sus amigos y valedores, dejándose aherrojar por ellos! Cuando los españoles de talla gigante fundaban imperios de verdad, no traían a los extranjeros a pelear contra su propio país. Cuando la Corona de España aspiraba y casi conseguía el dominio universal, los españoles iban a guerrear a la Lombardía y a Nápoles, saqueaban a Roma, ponían preso al Papa, sojuzgaban a los italianos seguramente sin ningún derecho y con excesiva dureza, pero los sojuzgaban, y no se les ocurría traer a los italianos a España a matar españoles en las orillas del Tajo y del Ebro a título de la fundación del Imperio español. Y yo me pregunto si todos los colaboradores de la invasión extranjera o los que la padecen —que hay muchos que la padecen—, cuando vean las ciudades arrasadas y los españoles muertos a millares por obra de las armas extranjeras, se consolarán de su dolor de españoles pensando: «Es el Imperio que nace» ¡Triste consuelo! Caso como este no tiene semejanza en la historia contemporánea de Europa. Para encontrar algo que se le parezca, hay que recordar las guerras civiles del siglo XVI y del siglo XVII, en que, so capa de guerra religiosa, se disputaba realmente el predominio político sobre el Continente. Entonces los españoles, soldados de un Imperio, hacían en Francia exactamente el mismo papel que hacen ahora en España los alemanes y los italianos, pero a los ligueros católicos franceses que cooperaban con los ejércitos invasores de España en Francia no se les ocurría decir que estaban fundando un Imperio francés, y entonces el sentimiento del patriotismo, la moral del patriotismo y los dictados del sentimiento nacional no estaban en el punto a que en la edad moderna han llegado; los motivos eran otros, y cuando todo el poderío francés como cualquier otro de Europa se constituyó, se constituyó precisamente contra nosotros, no en favor de nosotros. El día que un rey francés, a costa de oír una misa, recobró su capital, el ejército español, que guarnecía París, abandonó la ciudad, tambor batiente, banderas desplegadas, y el

rey Enrique que los veía salir, les dijo: «Señores españoles, encomendadme a vuestro amo, pero no volváis más.

Este sentimiento, ¿no estallará en el alma de los españoles que se crean patriotas y que crean estar alentados por un espíritu nacional, cuando hace ya más de tres siglos un rey francés lo profirió pensando en la libertad de su pueblo? Nosotros sí lo sentimos, sí lo pensamos. Para nosotros la salida de los invasores de España es una cuestión de honra. En ninguna lengua del mundo se dice con tanta rotundidad; una cuestión de honra. Creemos que debe serlo para todos y, por tanto, una cuestión previa, porque ninguna nación puede vivir decorosamente ni tiene derecho al respeto ni a la amistad de los demás, si ha perdido la honra y la libertad».

D. Manuel Azaña por ser tan español —aunque sin hipérbole calderoniana— nos plantea así ante todo —y ante todos— el verdadero valor y sentido, por él subrayado, de la palabra *honra* que es más poderoso que el de todas las falsas caballerías y sus mentirosos honores. La frase popular, tantas veces citada por Unamuno, de aquel campesino que decía: «yo no soy un caballero; yo no tengo honor; yo soy un hombre honrado», está latente en todo el curso de su pensamiento, como de su conducta pública. Y aún valdría recordar, a tono con lo mismo, los versos famosos del «Burlador»:

«la desvergüenza en España
se ha hecho caballería».

Con caballerías ilusorias se presenta la desvergüenza de la traición de los que vendieron su España, que es la nuestra, la de todos, a los invasores. Para burlarla. Criminalmente. Por el «honor del verdugo». Por «la cruzada y el desquite». El pueblo honrado se alza y defiende contra eso. Y el resplandor de su sangre, de su fuego, asombra y espanta. Más no olvidemos que «el que pone márgenes al resplandor, más que lisonjea, agravia la claridad» —como escribía el crítico calderoniano.

La palabra clara, honda, crítica de D. Manuel Azaña, se detiene justamente —¿melancólicamente?— ante tan delicado margen sombrío: como la de Moisés ensombrecida ante el resplandor próximo de la tierra de promisión. No ante el de la zarza.

Porque la razón que se tiene, y que se defiende, es la del porvenir; no la del pasado. «El porvenir siempre tiene razón» dice el poeta nórdico. Y esa es la razón de la ineludible victoria popular española. La que la austera palabra castellana de D. Manuel Azaña, nos sitúa, tan críticamente, marginando su resplandor de sombra, agraviándola o agravándola de ese modo, por no lisonjearla: para mejor esclarecerla.

TESTIMONIOS

MADRID-NOVIEMBRE 1936

Mucho se ha hablado de aquellos heroicos días de Madrid, pero pocos eran los que pudieron estar en él entonces; pocos son por tanto, los que pueden contar de aquello. Casi todos los que lo han hecho, lo han visto desde lejos, lo han sabido por las noticias que les llegaron.

Que Madrid es heroico, que lo defendió el pueblo, que se hicieron barricadas, que el enemigo llegó a sus puertas y que se le rechazó milagrosamente, gracias a la voluntad y al coraje de aquellos hombres que se apresuraron a tapar las entradas con sus mismos cuerpos, son cosas que todos podemos decir; los que allí estábamos, los que estaban en otras provincias y hasta los que se hallaban en el último rincón del mundo. Son hechos perfectamente claros; los hemos ido registrando día a día; hemos temido todos la llegada del momento terrible; todos nos hemos admirado de la resistencia y todos —unos antes que otros— hemos sabido a qué se debió. Pero hay algo más grande aún, aunque parezca imposible; algo que sólo hemos podido apreciar los que allí estábamos y a lo que no he visto que nadie haya hecho referencia. He esperado anhelantemente que alguien lo hiciese; necesitaba que se dijese, comprobar que alguien más se había dado cuenta y que lo comunicase a los demás; y como mi espera ha sido infructuosa y como el recuerdo insiste en mí cada vez con más fuerza, no quiero dejar pasar más tiempo sin comentarlo.

*

No conocíamos las detonaciones terribles, no habíamos oído más que las explosiones simultáneas de las bombas del Ministerio de la

Guerra. Sabíamos que estaban muy cerca, que habían tomado Carabanchel, y teníamos miedo; pero, a pesar de todo, aquella noche, la del 4 al 5, dormíamos; dormíamos, hasta que a las cinco de la mañana nos despertó algo que no habíamos oído más que en las grandes fiestas; nos incorporamos en los lechos, prestamos atención y, al repetirse, confirmamos lo que antes no habíamos dicho: «¡ Sí, son cañonazos!» Lo eran, y tal era la evidencia que horas después, hacia el mediodía del 5, salieron de Madrid, rumbo Valencia y Barcelona gran número de coches excesivamente cargados; la evacuación era ya forzosa. En la noche del 5 al 6 aumentaron los cañonazos y al día siguiente el número de coches en aquella dirección. El día 7 estaban a las puertas de Madrid y a última hora de la tarde, con excepción del de la Guerra, los Ministerios estaban casi vacíos.

El día 8 de noviembre, yo estaba en Madrid, sin familia, sin amigos, sin nadie; estaba con Madrid; y como él era lo único que me quedaba en él me fuí a él; salí a la calle, a andar por sus calles.

Era un día gris, como no he conocido otro antes en Madrid. No era ese gris luminoso que tiene a veces su cielo los días nublados, no era tampoco ese gris de neblina de algunos invernales; era gris, simplemente gris; no puedo decir si hacía sol o si había nubes, sé que todo tenía un tinte uniforme gris: el cielo, las casas, las calles, el suelo, ¡las caras! Esto es lo que yo quisiera expresar: como eran las caras en las calles de Madrid en aquellos días.

He visto muchas veces una multitud agrupada, observando un mismo espectáculo o bajo el peso de una misma impresión y siempre he apreciado diferentes expresiones en los rostros. El público que llena la sala de un teatro, aún en los momentos más dramáticos, tristes, alegres o felices de la representación, ofrece diversos caracteres; unos lloran, otros están impasibles, hay quien se accidenta y los hay que no se enteran de lo que sucede. Alguna vez he visitado una cárcel y he apreciado las mismas diferencias; el grado de la pena, el tiempo que falta para cumplirla, la mayor o menor gravedad del delito, la esperanza o la desesperación reflejaban en aquellos rostros los más diversos matices de su tristeza común. Aquel día gris, yo salí por las calles de Madrid y vi caras, infinidad de caras; hombres que iban con un pico y una pala camino de cual-

quier parte; una mujer parada en el quicio de un portal; dos niños corriendo al cruzar una calle; un grupo de gente heterogénea —niños, mujeres, viejos, hombres, unos artesanos, otros burgueses—, poniendo sacos terreros de cualquier modo, pero con una firme tenacidad, todos, todos tenían la misma cara, y yo tenía la misma cara que ellos, o quizá lo que yo veía era que en su cara estaba la expresión exacta de lo que yo sentía; sus caras eran mi cara.

Aquel día gris, —o aquellos 7, 8, 9, 10, 11, 12... todos igualmente grises— los escaparates de Madrid no devolvían los rostros no devolvían nuestra imagen familiar, sorprendiéndonos al doblar una esquina· aquellos días no había espejos. Todas las imágenes eran la misma; marchábamos todos juntos, aunque fuésemos en distintas direcciones; a cada momento nos mirábamos para identificarnos y si hubiéramos encontrado un rostro distinto del nuestro, nos habríamos abalanzado sobre él, para destruirlo. Pero no, no lo había; y si alguno existía, estaría escondido. En las calles de Madrid, en Madrid, todos teníamos un mismo rostro. Nadie hablaba, porque nada había que decir sólo los ojos sabían hacerlo, y se buscaban los unos a los otros para hallar la respuesta fiel a aquello que decían. En el Metro, sentados, nos mirábamos unos a otros, sólo por mirarnos, y hacíamos un largo trayecto sin separar la vista de los ojos que teníamos delante. Si se me preguntase que pasaba en Madrid en noviembre del 36, y tuviese que responder en pocas palabras, diría: *era un mirarse* en medio de un gran silencio.

Aquel mirarse y aquel silencio, nos enlazaban a todos íntimamente; todos nos hallábamos unidos. Así, al cruzarse en la calle, al entrar por una puerta cuando otro salía, buscábamos sus ojos, y algo en el ambiente decía: Pasa, hermano.

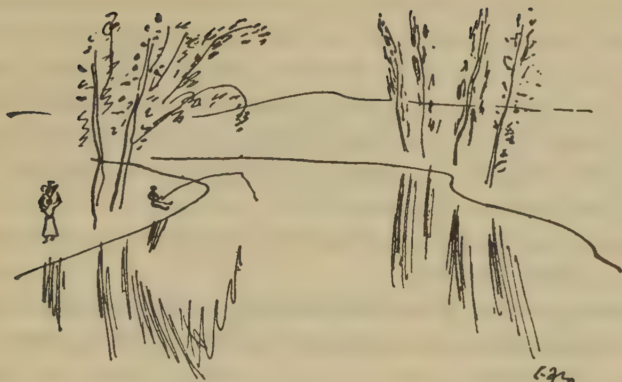
Estoy segura de que esta palabra estaba en el pensamiento de todos; hasta creo que una vez que se me cayó en la calle la cartera, mientras una mano agrietada por el yeso la recogía, y mientras yo miraba unos ojos, una voz de hombre me dijo: Ten, hermana.

He sentido con todos aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellos niños, esa sensación de fraternidad sólo comparable a la que existe entre un grupo de hermanos que contemplan a su madre agonizante.

Tópicos quizá —el hombre hermano, la tierra madre— pero de decir un tópico a sentirlo, hay un abismo; y hoy, lejos ya aquellos días angustiosos, sigue en nosotros vivo el recuerdo de las caras de nuestros hermanos de entonces, volviendo a sentir, fraternalmente unidos, la dicha de saber que nuestra madre no muere.

BLANCA CHACEL

Barcelona, marzo de 1938.



FUÉ UN TIEMPO DE MENTIRA

"Fué un tiempo de mentira, de infamia. A España toda
La malherida España de Carnaval vestida
Nos la pusieron pobre, escuálida y beoda
Para que no acertara la mano con la herida".
A. MACHADO

I

Por la primavera del año 1918 en las orillas del Tajo, un muchacho cortaba con un hacha un madero. Sus movimientos eran vagos y torpes v no revelaban mucha energía. Su cara era graciosa, alegre e inocente.

Las aguas del río pasaban como una procesión de ojos aceitunados que murmuraban en voz baja confidencias, terribles secretos a quien quería escucharlas.

Otro muchacho más joven que el anterior, veía manejar el hacha a su hermano. El mayor era Dieguito, el más pequeño Miguel.

Dieguito se cansó pronto de tanto galpear con el hacha y se sentó en el tronco de un sauce que allí había y se puso a contemplar el agua. Miguel se sentó a su lado.

La madre de los dos lavaba la ropa de un juez de Toledo en el río; y el agua apenas si la manchaba un poco de jabón.

Mientras lavaba la madre cantaba una vieja canción amorosa.

Entonces Dieguito, se levantó corriendo y se metió en la casa.

El por qué había allí un acordeón, es cosa que no podemos menos de explicar. Ese acordeón era de los tiempos juveniles del juez de Toledo, pero desde que fué juez no volvió a poner las manos en él por considerarlo indigno de su cargo y finalmente se lo había regalado a sus amiguitos los niños Dieguito y Miguel, huérfanos de un alguacil del Juzgado de la Audiencia de Toledo.

Nada más entrar en su casa Dieguito se puso a tocar en el acordeón, esa misma canción amorosa.

Su hermano pequeño le miraba con grandes ojos y pronto rompió a cantar con gran entusiasmo. Dieguito también cantó aunque entonces tocaba peor el acordeón.

Sus miradas se cruzaban.

Cantaban también las ranas en la corriente del Tajo y sus aguas —repetimos—, parecían una procesión de ojos aceitunados que murmuraban en voz baja confidencias, terribles secretos y augurios como carcajadas lúgubres, a quien quisiera escucharlas.

Un fuerte viento se levantó y la ropa negra colgada a secar volteó enloquecida.

Atronaban las campanas en «esa pesadumbre de piedra» —Toledo— y a lo lejos, y por el río bajaba un perro ahogado y podrido.

Por último en los ojos de todas las mujeres se vieron reflejos sangrientos y se alzaron ligeramente todos los párpados.

Era uno de esos momentos, que en España suelen llamarse «muerte chiquita».

II

Verdes pasaron los años en Madrid, verdes o secos, como la hierba o como las espigas, según desde el punto de vista que quiera mirárselos, entre Bugallales y Mauras, Ciervas y Allendes Salazares.

En las alturas había una gran nariz, la del señor Sánchez de Toca y una gran mandíbula desencajada y hemofílica. No tenemos porque nombrar a su propietario.

Había también una grande y negra panza que amenazaba con aplastarlo todo bajo su peso, un poco blando —hay que reconocerlo— pero no por eso, menos repugnante.

Los campos de España, continuaban secos y con reflejos un poco rojizos y por encima de Madrid, flotaba un humillo, con olor a cocido frito y con viejas canciones frívolamente amorosas.

Por entonces se vendía en Madrid una publicación infantil: «Kikiriki o las famosas aventuras de un niño bolcheviki» y causaba mucha risa el título.

Los periódicos traían grandes caricaturas políticas que los niños no comprendían, pero que les gustaban mucho. Por ejemplo un señor gordo, con las piernas torcidas y con los dedos como palillos de tambor, llevaba en alto un bastón con un papel que ponía: «Con la tasa sí», «Con la tasa no».

Otro señor gordo parecido al anterior rodaba en otra caricatura por el suelo, mientras dos hombres vestidos de blusa le pegaban y le decían: «¡Toma, toma por esquirol!»

Pero por encima de todo flotaba una cosa blanda y dulce a veces, pero muy peligrosa y dañina, como un gran estrato flotante de tocino de cielo, de ojos que se vuelven suavemente de un lado a otro y de un cuchillo que rápidamente apuñala.

III

Cuando a Dieguito le tocó el servicio militar en 1921, trató su madre de librarlo alegando que era plantillano. Quisieron utilizar la recomendación del juez de Toledo, pero no les sirvió para nada.

Tuvo que hacer marchas por la polvorienta carretera de Layos, sufriendo de los pies horriblemente, porque es verdad que era plantillano.

Cuando llegaba a su casa de vez en cuando se sentaba en el tronco de un sauce cortado que allí había y recobraba su buen humor.

Reflejaba su figura en el agua del Tajo, tocaba el acordeón y cantaba. Su hermano Miguel que ya tenía quince años le miraba y tam-

bién cantaba, pero entonces tenía ya la voz algo cambiada. Trabajaba mucho, en un taller de compostura de carros.

Se alegraba enormemente cuando llegaba Dieguito, que era muy infantil y los animaba a todos con sus bromas y sus músicas.

En una ocasión Dieguito se puso tan malo en una marcha militar por la carretera de Las Ventas con Peña Aguilera, que tuvieron que subirle en una camioneta de Intendencia que iba detrás.

Se quedó dormido a la sombra de la lona de la camioneta, con el cansancio y el traqueteo. Fué una de las primeras veces que Dieguito soñó intensamente con mujeres. Era una sensación vaga y primitiva: él se rendiría a alguna mujer por la calle. Luego se casaría con ella y la llevaría a su casa. Ya tenía edad para casarse, pensaba.

En estos pensamientos influía el chofer, que iba cantando sin cesar frívolos cuplets de mujeres que en el alma sencilla y musical de Dieguito, hacían gran efecto.

Dieguito como obedeciendo a un impulso interior, se despertó, levantó la mano y luego el puño, gritando como cantando:

—¡No, no, noo...!

Luego se pasó la mano por la frente y se despertó del todo.

Finalmente se quedó repitiendo mentalmente al compás de los vaivenes de la camioneta; el estribillo del cuplet amoroso que el chofer cantaba.

Ese día obtuvo permiso para ir a su casa y se acostó sin cenar. Mejor dicho, su hermano Miguel, le llevó un vaso de vino a la cama.

IV

—En vista de que Dieguito sufre tanto —pensaba su madre, al lavar contra corriente— volveré a ir a ver al Juez.

Estrujó la ropa y la dejó tendida. Las ocho de la mañana serían.

El juez era un señor de bigote blanco muy entendido en Enjuiciamiento civil y criminal, con ojos azules, cansados; en otro tiempo muy entendidos en ojos negros de mujeres.

Cuando la madre de Dieguito, pidió permiso para verle estaba tomando su desayuno —un chocolate a la española con picatostes—, en

una mesa con un mantel blanco, un periódico y un cenicero dorado. Enfrente de él había un vaso de agua con azucarillo y por la ventana entraba el sol fortísimo de las montañas de Toledo.

El juez hablaba mientras desayunaba, con una sobrinita suya, niña rubia de unos doce o trece años.

El hecho le producía una gran ternura y la reflejaba cumplidamente su cara, a pesar del bigote blanco y del chocolate con picatostes.

Un observador agudo, inteligente y con capacidad para penetrar como un alfiler el ambiente, hubiese echado de menos, para que la escena fuera completa, que en una habitación contigua, tocase alegre y picarescamente un organillo argentado. O unas campanillitas también de plata.

—Los peces de colores de las peceras, niñita — decía el juez a su sobrina—, no son lo mismo que los que existen en las grandes profundidades del mar.

La madre de Dieguito, estaba parada respetuosamente en la puerta como una pequeña sombra negra.

El juez alargó los labios hacia abajo, hinchó los carrillos y luego miró a la puerta, limpiándose los bigotes blancos con una servilleta.

—¿Qué deseas, Vicenta? — preguntó.

La madre de Dieguito avanzó y le explicó con todo detalle el caso de su hijo.

—A ver que podía hacerse — decía.

El juez muy atentamente tomó nota después de haber mandado a su sobrinita a su despacho a buscar papel y lápiz.

—Está bien — dijo — yo creo que puede hacerse...

—¿Qué se puede hacer? — preguntó Vicenta.

—Puede hacerse lo siguiente — contestó el juez — yo tengo un hermano, Sebastián, como tú sabes, capitán del Regimiento de Wad Rás en Madrid, lo mejor sería que sacase a Dieguito de asistente y allí no tendría más obligación que limpiarle de vez en cuando las botas y llevar a los niños al colegio.

En este momento entró un perrito, faldero, que acarició mucho el juez.

—Los perros me gustan — dijo — pero los gatos me molestan. No comprendo como hay quien le guste tener gatos.

—Este perrito es gracioso aunque es muy feo. No tiene forma de perrito sino de burrito.

—No es perrito sino que es perrita — dijo la niña.

—Eso es igual — contestó el Juez—, perrito o perrita.

La Vicenta recordaba una anécdota que se contaba de este juez; que un día se sentó en el salón de la Audiencia, encima de un almohadón donde había una gatita criando y que la gatita le arañó y le destrozó todo el traje.

La Vicenta estaba encantada de la cordialidad del señor juez. El juez terminó de tomarse su chocolate con ternura cada vez más viva hacia su sobrinita.

Por los balcones entraba un sol cada vez más fuerte y las ventanas de la catedral repicaban de un modo solemne e imponente al aire de la mañana. Parecía que iba a vérselas, de bronce si, pero azules apesar de todo en el cielo.

V

Dieguito llegó a Madrid en un tren de vagones cortos y altos pero que corría mucho, por lo que estos parecía que bailaban una especie de trotecillo. Entró por una estación que abría su boca al medio día como una gran sonrisa.

Nada más llegar, experimentó una sensación de frío y se tomó dos bocadillos de sardina que le costaron diez céntimos en el bar Cascorro de la Puerta de Atocha y dos copas de aguardiente.

Miraba a las mujeres con ojos muy abiertos y muy tristes.

En seguida se fué a ver al capitán que vivía en un piso bajo de la calle de Columela en Madrid.

Cuando Dieguito esperaba en la puerta de su despacho, una voz femenina hablaba irritadamente y una voz masculina le contestó serena y enérgicamente:

—Yo no duermo con la ventana abierta porque no quiero matar a mis hijos.

Seguidamente se abrió la puerta del despacho y salió el capitán.

El capitán de infantería Sebastián Cortés Cotaina, era mucho más joven que su hermano, tendría unos cuarenta años. Era alto y chato, tenía los carrillos muy gordos como hinchados y bigote recortado. Tenía las piernas muy delgadas y los briches y leguis del uniforme, las hacían parecer más delgadas aún. Tenía el vientre gordo y por entre sus gruesos labios mal cerrados asomaban sus dientes.

La cara del comandante Cortés Cotaina, daba la sensación de que iba a romper a reír de un momento a otro.

Saludó muy afablemente a Dieguito, que estaba completamente azarado, un color se le iba y otro se le venía. Le dijo que ya sabía a lo que iba, que le conocía de referencias y que estaba muy contento de que fuera su asistente, que él lo arreglaría todo y que el trabajo no sería muy grande.

Finalmente le preguntó si fumaba y le dió un puro de dos pesetas y dos duros y le dijo que volviese al día siguiente.

Dieguito salió muy contento, fumándose el puro. Se fué a cenar a una taberna de la calle de Tetuán con un paisano, de Toledo, llamado Frutos, y luego los dos juntos a un café cantante de la calle de Jardines.

En el café una mujer bailaba en un tablado. Un monstruoso contrabajo, un piano y un violín llevaban el compás. La mujer cantaba una canción cuyo contenido era: «son irresistibles tus ojos negros, son como dos negros asesinos». Luego el cuplet prorrumpía en gritos porque los negros asesinos querían matar a un hombre enamorado y terminaba diciendo: «el que a hierro mata a hierro muere».

A Dieguito le divertía todo eso mucho. La risa le subía por el cuerpo, como las burbujas a una botella de champagne. Gastaba bromas inocentes y se reía sin motivo. Llamó la atención de dos o tres mujeres que se rieron mucho también con él.

¡Qué hermosa es la vida! pensaba.

¡Qué alegría!

—Con las mujeres — decía Dieguito — no hay que parar nunca de hablar.

—Para conquistarlas — continuaba — hay que prometerlas muchas cosas aunque luego no se cumplan.

Luego en medio de la calle de Peligros, hizo como que daba un pase de muleta, pero los pies se le liaron y por poco si se cae al suelo. Frutos se rió mucho.

Hacía mucho frío y pasaban automóviles a toda velocidad.

El cielo estaba muy estrellado y empezaba a helar.

El año 1921 daba la sensación de una superficie ligera y frívola como una caña y hasta del mismo color y el mismo espíritu, pero por debajo marchaba una corriente profunda sangrienta y seca.

*

Por aquellos tiempos se escribían versos así:

«Difícil remanso abreva
la exactitud celestial
que se desdobla ideal
sin que el lucero se mueva».

Ciertos señores vivían en pisos muy altos y llevaban sombrero y paraguas pero estaban completamente desprestigiados en Madrid o arrinconados en provincias, con pocos medios de comunicación.

En cambio empresarios de revistas con mujeres desnudas empezaban a vestir con ostentación y se tomaban alegres cockteles picarescos en los bares más concurridos, pensando que triunfaban en el mundo.

¡Cualquiera diría que habían descubierto el secreto de la vida!

VI

Seis meses estuvo Dieguito en Madrid de asistente del capitán Cortés Cotaina, y éste no pensaba más que en divertirse por lo que tenía con su esposa —una mujer pedante, con pujos aristocráticos— frecuentes peloteras, al final de las cuales el capitán solía irse a la calle dando un portazo.

Las criadas decían que estaba liado con una corista del teatro Reina Victoria, donde por entonces se representaban revistas muy frívolas.

Solamente el hecho de que el comandante tararease o cantase algunos cuplés de estas obras, hacía a su mujer ponerse furiosa.

La mujer era bastante rica y la sensación de esto hacía que su furor adoptase formas aún más violentas.

El trabajo de Dieguito consistía en llevar a los niños al colegio y en hacer otros pequeños recados. Comía bien, pero no tenía nunca dinero.

Las calles que tenían que atravesar para llegar al colegio eran solitarias y en ellas había escritos con tinta roja letreros como estos:

«Soldado, no mates»
«Pan, trabajo»

y

«Abandono de Marruecos».

Aquel mismo año, Dieguito se acordaba de que cierto día vió una gran manifestación con transparentes rojos que decían lo mismo.

Los niños del capitán eran simpáticos. El mayor de ellos le preguntaba el significado de todas las palabrotas que oía y él, naturalmente se negaba a contestarle.

A Dieguito le gustaban mucho los toros y a ellos fué una vez con Frutos, su paisano.

Se aficionó al género chico y frecuentaba los cafés cantantes cuando tenía dinero Se sabía de memoria las letras de todas las canciones de moda.

El futbol constituía también para él una pasión y discutía acaloradamente sobre los jugadores y los partidos.

Leyó dos o tres novelas pornográficas de las muchas que se editaban en Madrid por entonces.

Un día conoció a la querida del capitán a la que fué a llevar una carta de su parte. Era una rubia, algo gorda pero de belleza verdaderamente impresionante.

Estaba encargada de cantar en una revista una canción titulada «La canción del opio».

VII

Un día, a consecuencia de que la rubia del opio, le había sacado al capitán —o sea a la mujer del capitán— unos cuantos miles de pesetas, el matrimonio tuvo una bronca más fuerte que de ordinario. La criada se lo contó a Dieguito por la mañana.

«Doña Perfecta» como la llamaba se había plantado como un novillo de Veragua y había hecho venir a su padre que era el marqués de Icaza. Este señor, dijo varias veces en voz alta: «que no podía tolerar que su hija fuese vilipendiada por un hombre sin honor, que sólo pensaba en juergas y francachelas, mientras sus compañeros de armas morían en los arenales africanos».

El comandante contestó que no toleraba insinuaciones que eran verdaderos insultos y que al día siguiente mismo pediría voluntario para Africa.

«¡A ver si te mueres de una vez!» — añadió rencorosamente su esposa.

La criada lo había oído todo desde detrás de la puerta.

Ese día las acras estaban violentamente estiradas y el comandante llamó a Dieguito para decirle que se marchaba a Africa y que él podía seguir con él de asistente y marchar también a Africa o quedarse en el regimiento, puesto que el regimiento se quedaba por ahora.

Dieguito se quedó muy triste, y estuvo todo el día pensándolo sin saber qué hacer.

*

Algún tiempo antes de esto, el Destino, que tiene una cara flácida y unos labios colgantes, fijó suavemetne su mirada en Marruecos. El Comandante, General Silvestre que no era ni mejor ni peor que los otros generales que allí había, recibió esta orgullosa carta de su subordinado Abd-el-Krim:

«Rompiendo, pues, los vínculos que me unían con ese país, le demostraré que no soy tan digno del desprecio como ha supuesto en el transcurso de la conversación de esta mañana. Creo, por tanto, que algún día nos encontraremos y podré demostrarle, que no todos los marroquíes

son dignos de la befa y el escarnio, llevándome tan solo el consuelo de que no soy yo el que se va, sino que son otros los que me echan». Y firmaba un antiguo subordinado suyo: «Abd-el-Krim».

El general Berenguer, el señor Allende Salazar y don Alfonso XIII, maquinaban.

VIII

Por aquellos días Miguel, el hermano de Dieguito, trabajaba mucho en el taller de reparación de carros, prometía ser un muchacho inteligente y fuerte, un buen obrero. Se aburría en casa porque no estaba su hermano, allí estaba el acordeón parado.

La Vicenta escribió a su hijo Dieguito, que «¡por Dios! no se fuese a Africa y se quedase en Madrid, fuera como fuera. Que lo que pasaba en Africa era espantoso».

Cuando se marchó el capitán, Dieguito, se quedó en el cuartel del Regimiento de Wad-Ras, en Carabanchel.

Por la puerta misma del cuartel pasaban tranvías chirriantes y mujeres que contestaban indignadas a los soeces piropos de los soldados.

Dieguito a veces trataba de tocar una guitarra para entretenerse; entonces se divertían todos algo.

Un domingo de permiso, en que fueron cinco o seis a Madrid, después de pasear por el Retiro, Dieguito contrajo en la calle de Ceres una enfermedad de la que ya no había de curarse nunca.

De paso estuvieron bebiendo aguardiente en una taberna que hay en la calle de Tudescos.

—Olé, la gracia, el salero, los ojos negros, las mujeres sandungueras, los tíos castizos, las mujeres desnudas, el beber aguardiente de un trago, el quedar como un hombre! — llevaba Dieguito en la cabeza.

Luego en el cuartel la vida se hizo odiosa. Se robaban unos a otros. Se calumniaban.

Los sargentos y los cabos eran bajos, crueles y vengativos. A los oficiales no los veían casi nunca, les parecían semidioses estúpidos, especie de pavos reales, «pavones» como en la edad media se llamaba a esta especie de aves.

Los soldados no hablaban apenas de política. No les preocupaba. Unicamente algunos decían débilmente que lo de Africa era un crimen.

A Dieguito también le parecía un crimen.

Por fin un día llegó la orden de que el Regimiento de Wad Ras se fuese a Africa. La noticia atontó a Dieguito como a la mayoría; por un lado tenía curiosidad, por otro miedo. Una noche se reunieron en la estación de Getafe, adonde fueron llevados en camiones, cerca de dos mil hombres preparados para salir. Algunos llevaban botas de vino.

El estrépito era imponente y los codazos para coger el mejor sitio.

Al pasar por unas llanuras, Dieguito se acordó de Toledo, de su madre y de su hermano. Pero iba bastante borracho.

En el tren hacía frío de madrugada. Los soldados daban diente con diente. Dos o tres habían arrojado todo el vino que habían bebido. Sin embargo había alguno que cantaba todavía.

Llegaron pronto a Melilla. Total entre España y Africa no había más que un pequeño trozo de mar y la voluntad del pueblo que no quería esa guerra.

Y ya no se volvió a saber más de Dieguito, sino que murió.

EPILOGO EN TIEMPO DE VERDAD

Estalló la guerra de 1936. Miguel, el hermano de Dieguito estaba movilizado y no se sabía nada de él.

Su madre, la Vicenta, seguía en su casa de la vega de Toledo, ahora en terreno faccioso. Estaba ya muy vieja y medio ciega, apenas lavaba. Y casi no comía.

Solamente tenía dos o tres cacharros de cocina de la época en que estaba con sus hijos y el acordeón de Dieguito.

Muy cerca de la casa estaba el frente y por allí solían caer de vez en cuando obuses. Pero ella no les daba importancia. Ya no tenía amigos ni conocidos, todos habían muerto o habían huído.

El juez murió y su sobrina estaba casada con un médico de Toledo. Cuando entraron los facciosos en esta ciudad, mataron al médico que

estaba en un hospital curando heridos, y su esposa, la sobrina del juez, que estaba de enfermera, fué atropellada por los moros.

Desesperada se dedicó a la bebida y se hizo querida de unos oficiales italianos. A menudo iba de Toledo a Talavera y de Talavera a Toledo. Era una mujer frívola y nada inteligente.

La vida en Toledo era un infierno para ella, sin embargo allí la llevaba Guido —que así se llamaba su amante principal— para aliviar sus fastidiosas horas de servicio. Era alta, fuerte, de pelo rubio y muy atractiva, pero bebía mucho. A diario en la cripta de la catedral, tétricos curas, pronunciaban ardiendo de ira, arengas blasfemas, incitando al asesinato y a la guerra de exterminio contra los «rojos».

Toda la ciudad estaba decorada con banderas negras y se rendía verdadero culto a la muerte y a la crueldad. Los reyes del negro desierto eran los moros, los alemanes y los italianos.

Las campanas repicaban día y noche, pero ahora ya no parecían azules sino negras.

Monstruosos canónigos, obispos como caracoles babosos, y viejos caciques subían y bajaban por las empinadas calles.

Un día la sobrina del juez, no pudo resistir más y se suicidó arrojándose al Tajo. Su cuerpo pasó terriblemente hinchado cerca de casa de la Vicenta.

*

En cierta ocasión unos alemanes que venían de ver la fábrica de armas, entraron en casa dé la Vicenta.

La Vicenta estaba sola, a la puerta, sentada en la única silla que le quedaba.

Los alemanes llegaban muy alegres y campechanos. Gordos, colorados.

Cantaban a media voz melodías de su país.

Pidieron vino. No había.

Preguntaron si tenían algo que comer. Tampoco había.

La vieja les dijo que ella no tenía nada.

Entonces uno de los alemanes, el más rubio y el más alto, un autentico ario, se fijó en el acordeón de Dieguito y empezó a tocar en ella.

La Vicenta miraba de soslayo. De pronto se levantó como una pequeña víbora. Y le arrancó el acordeón de las manos.

Pronunció dos o tres palabras que no se entendieron. Y temblaba de ira. Lloraba lágrimas de fuego.

Los «nazis» se quedaron muy sorprendidos.

En aquel momento se levantó viento e hicieron un vago ruido los sauces de la orilla del río.

—Los españoles son unos salvajes y esta vieja está loca — dijeron los alemanes. Y se marcharon riendo a carcajadas a merendar a otra parte.

JOSE HERRERA PETERE

N O T A S

«*MADRID*»

Cuadernos de la Casa de la Cultura

Recientemente ha aparecido el número tercero de "Madrid", publicado por la Casa de la Cultura. Como en su misma presentación se indica —"Cuadernos de la Casa de la Cultura"— no se trata de una Revista de periodicidad regular, ligada con la actualidad, sino de una publicación donde se recogen trabajos científicos, literarios, poemas, sin más nexo de unidad entre sí que el del ser el fruto de la actividad intelectual de un grupo de hombres de ciencia y de letras, que viven íntimamente el instante actual de su patria. Este nexo de unidad es a la vez, lo único que confiere carácter de actualidad, de honda y dramática actualidad a la publicación. Es el testimonio de la serenidad en la tragedia, de la meditación y del trabajo metódico en la agitación y en la angustia. Por eso, lo menos aparentemente emotivo de "Madrid" es lo que más hondamente emociona y lo que más vivamente hará estremecer la sensibilidad de las manos, que lejos de nuestra ensangrentada tierra lo reciban. Su serenidad, en que se muestra la continuidad de la vida intelectual española a través de tanta vicisitud, aparece como una luz inesperada, como una garantía de vida y de eso tan delicado y necesario que se llama moral intelectual.

Moral intelectual, sí, que es parte de la moral misma de la guerra, que nace de la misma raíz de la moral de todo el pueblo español. Pues quizá nada preste más apoyo para afrontar la muerte, que el seguir haciendo aquello a que nos ha llamado nuestra vocación. Y a este respecto un recuerdo me llega de algo muy breve y ejemplar acaecido en un Seminario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Frente a un profesor de dicho Seminario en un mediodía primaveral, me entregaba a una lectura "de siempre"; sonó la sirena de alarma, inmediatamente llegaron los aviones enemigos y con ellos el ruido de las bombas que explotaban cada vez más cerca; al mismo tiempo levantamos la cabeza el profesor y quien esto escribe, y él me dijo serenamente con voz segura: "moriré en mi Seminario", moriré haciendo lo que siempre hice. Y así Madrid, en sus páginas cuidadas tipográficamente impecables nos ofrece el fruto del trabajo de unos hombres que hacen ahora lo que siempre hicieron.

Algo se ha ganado en este número enriqueciendo su contenido y su horizonte: la colaboración de dos intelectuales catalanes, el profesor de Filosofía don Joaquín Xirau y el escritor Carlos Riba, traen la gracia comedida de la lengua catalana, tan próxima y distinta, tan española por su diversidad enriquecedora. El ensayo del Dr. Xirau "Charitas", es como un regalo por su claridad sobre problema tan hondo y ese, sí, ¡tan cercano!, el "eros" griego y el amor —caridad, misericordia— cristiano; mundo de las cosas, de la objetividad del ser físico, del

cosmos griego y el mundo de personas, el universo cristiano. Su claridad en tema tan complejo, tan lleno de dificultades, es una cortesía para el entendimiento. La prosa de Carlos Riba nos habla de esa esencia catalana, tan sutil, y para nosotros castellanos, tan llena de hechizo.

La colaboración netamente científica de este Cuaderno de la Casa de la Cultura, trae páginas valiosas. El trabajo de don Ignacio Bolívar, figura venerable de nuestro mundo científico, sobre el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, recoge la historia de la institución y muestra su valor y significación en un momento triste para la cultura española, cuando algunas de las salas que enumera, algunas de las valiosas colecciones fueron tocadas por la destrucción invasora, pero nos aporta el testimonio de una atención científica alerta, vigilante y ejemplar a quien los años y las circunstancias adversas no destruyen su constancia. "El mar, joyel de minucias", de don Enrique Rioja, profesor del Instituto de Ciencias Naturales de Madrid, con sus maravillosas ilustraciones despliega un aspecto del casi mágico mundo submarino.

Los estudios fonéticos y literarios están representados por tres interesantísimos trabajos: "La Voz fisonómica en los personajes literarios" del profesor del Centro de Estudios Históricos de Madrid, señor Navarro Tomás: "Observaciones sobre el ritmo de la prosa española", de don Samuel Gili Gaya, igualmente del Centro de Estudios Históricos y el estudio sobre el poeta Juan Ramón Jiménez de Enrique Moreno, profesor en Oxford. Los tres trabajos minuciosos, documentados aportan notables investigaciones "El viaje a Guadalupe del rey Don Sebastián", por Antonio Rodríguez Moñín nos ofrece la intimidad detallada de un acontecimiento de la historia de España y Portugal, llena de interés.

José Bergamín publica "El Museo de las maravillas" poética visión del Madrid recién nacido, del heroico Madrid niño, y de tres de sus pintores Velázquez, el Greco y Goya, cuya ausencia de las salas vacías del Prado le reveló su íntimo sentido, más aún que su presencia de antes. El poeta, nuestro poeta Antonio Machado, nos trae la nostalgia de Valencia: "Valencia de finas torres —y suaves noches, Valencia — ¿estará contigo, — cuando mirarte no pueda, — donde crece la arena del campo — y se aleja la mar de violeta?

Agregan a los textos una nota de gran valor la reproducción fotográfica de tres de los Greco salvados de la Iglesia de Illescas por la Junta del tesoro Artístico Nacional y una acuarela de un paisaje de guerra madrileño del pintor García Maroto. La pulcritud tipográfica sigue la tradición de los números anteriores.

Cuando se creó La Casa de la Cultura se hizo sin duda, respondiendo a circunstancias que después desaparecieron, a urgencia que la normalidad, la nueva normalidad de la guerra ha ido acomodando. Su existencia sin embargo, puede justificarse por otras actividades, más cualesquiera que ellas sean, la publicación de Madrid quedará siempre como un testimonio más y de los más valiosos, del temple moral de nuestros intelectuales, de la serenidad que ha permitido y hecho posible que entre tanto dolor, entre tanto riesgo y violencia se produzca este fruto siempre difícil del trabajo científico, de la literatura, de la poesía.

M. ZAMBRANO

UN SENTIDO DE LA PROSA

Carta abierta a Herrera Petere sobre su libro «Acero de Madrid»

Muy tarde, demasiado tarde desde la fecha en que me lo entregaste por tu mano, me ocupo en estos comentarios sobre tu nuevo libro "Acero de Madrid". Lo que no quiere decir que se vayan a pasar de maduros, sino al contrario. Tú conoces tan bien como yo lo que es escribir a salto de mata entre las mil preocupaciones y trabajos de primera urgencia que la guerra plantea. Tú lo conoces como yo y estoy seguro de que como yo te ufanas de haberles sacrificado lo más íntimo y nuestro, lo que hemos perseguido años y años con una fe más constante y un mejor entusiasmo. Quiero decirte sencillamente que ha sido el tiempo y no el interés lo que me ha separado tanto de tu libro.

Ya se que nada te importa de todas estas explicaciones, que son, ademàs, innecesarias. Sólo que tengo yo gusto de insistir en ellas porque me importa romper, en la mínima parte que de mí depende, contra esa indiferencia por la obra de los demàs, ancestral y todavía presente entre nosotros. Nadie hay en nuestro país que se sienta màs ajeno a las cosas de las letras ni las siga con menos pasión que quienes dicen que viven para ellas. Este tremendo, èste cerril aislamiento, que entre los jóvenes es tan ridículo, ademà.s Porque todavía puede admitirse que haya quien se escude tras su obra como tras una muralla de la China, para no saber nada de nada ni de nadie, pero cuando la obra sólo en hipótesis —en el mejor de los casos, en ilusión— existe, ¿qué puede justificar la estúpida postura?

Es inútil pretender vivir desligados unos de otros, quererse ignorar los que iremos para siempre llevados de una misma corriente.

El que yo no pueda sustraerme a la inquietud que en mí producen los trabajos de todos vosotros, de Serrano Plaja, de Barbudo, tuyos, de los escritores de *mi misma generación*, es lo único que puede justificar estos comentarios apresurados. Bien que me gustaría en este caso ser crítico, tener algo de crítico por poco que fuera, pero sólo puedo volverme hacia estas cosas de manera en exceso personal, por lo activas que las siento en mí, lo alejadas de toda reflexión desapasionada. Mientras las voces que a ello están llamadas enmudecen, bien vale que se alce la mía.

Como ya digo que no puedo hacer así lo que se dice de crítico, de nada valdría que me pusiese a realizar parte por parte las de tu libro. Sólo quiero hablar de él en relación con el problema que más me apasiona de toda la literatura que ahora está naciendo: la busca de un sentido de la prosa en la nuestra castellana de esta hora. Durante mucho tiempo, nada de lo que ha significado un hecho nuevo en nuestra literatura ha cultivado la prosa. Desde los prosistas de la generación del 98 —Azorín, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset y todos los demás—, ¿qué valores han surgido en nuestras letras que no hayan sido del todo poéticos? Los intentos de la generación posterior a la Gran Guerra, se quedaron en intentos, apenas llegaron a cuajar en pobres novelitas, cuentos y alguna que otra biografía bien trazada (1). Así ocurre ahora, cuando la guerra

(1) De propósito hago caso omiso de los ensayistas, donde hay tan hermosos ejemplos de una prosa viva en nuestra literatura de última hora. En todas las alusiones que hago a un sentido de la prosa se refiere, por modo exclusivo a la prosa narrativa. En cuanto al «caso Ramón», es caso aparte.

lanza y pone en juego casos literarios, nuevos escritores que los sirvan, que la busca de este sentido de la prosa a que aludo se hace angustiosa, pura desesperación. Esto se advierte a nada que se pasen los ojos sobre las páginas del libro de Sánchez Barbudo o del tuyo; en ellas se muestra con extraordinaria fuerza, porque los dos son como una huída de un lirismo que los atenaza, que atenaza sus pasos por el camino real de la prosa. Quiero decir un lirismo formal, una expresión que a toda costa quiere ser verso, porque bueno fuera que considerásemos a la prosa reñida con lo hondo de la poesía, como algo antagónico a ella. El conflicto de que hablo es de simple índole material, pura cuestión de ritmo en definitiva. En ambos libros se advierte vuestro forcejeo por que no adquiera una forma poemática, la que ha de ser en absoluto narrativa. Más encalmada esta lucha en el "Entre dos fuegos", de Sánchez Barbudo, en "Acero de Madrid", aparece como furioso torbellino; al discurrir de tu relato se tiene la sensación de que ha sido hecho partiendo versos, deshaciendo versos para alcanzar la llanura de la prosa. Toda tu epopeya, como la llamas, tiene este aire, profundamente lleno de dramatismo, de estar hecha con los trozos de un alto poema derribado.

También en ti se advierte más que en Sánchez Barbudo cuanto la narración como tal narración pierde al estar de continuo perseguida por tantos resabios de poeta. El tono ditirámbico forzado de tu libro perjudica lo mejor, lo verdaderamente bueno y nuevo que tiene, esa gracia para atrapar al suceso en vivo, de la que es tan buen ejemplo "Los aviadores" o los relatos de la lucha en el Guadarrama. Porque estoy seguro que si la lozanía, el aire inconfundible de este libro, se mostrase más desembarazada de tales ligaduras, hubiera sido la estupenda novela de guerra que está a punto de ser.

VICENTE SALAS VIU

MAURICIO SERRAHIMA. «JOAN MARAGALL»

Biblioteca Política de Cataluña

No conozco del autor de este libro, Mauricio Serrahima, otro que éste sobre Maragall, ni tampoco otros escritos que algunos artículos por ahí desperdigados. Mi visión de él como escritor no puede ser más fragmentaria y, sin embargo, es tal la solidez el perfecto dominio de sus medios con que se muestra en su estudio sobre Maragall que no es aventurar la opinión decir que Serrahima cuenta entre los escritores de verdad que hoy tenga Cataluña.

No se puede evitar cierto asombro cuando así, de buenas a primeras se tropieza uno con un escritor en plena madurez del que apenas se tenía noticia. Para los que nos vamos formando un poco a empellones, atentos unos a los pasos de los otros para ver la lección de ellos —porque también se escarmienta en cabeza ajena—, es un gran descanso, una formidable alegría lo insólito de encuentros como éste.

Pocas veces se habrá hablado de Maragall con más certeras palabras, ni con una comprensión más profunda de su personalidad. El recio españolismo del

poeta, la manera en que por su acendrada catalanidad se afirma en él todavía más, está visto, y mostrado que es más difícil, por Serrahima con absoluta justeza. Este Juan Maragall, con la cabeza perdida en vagas ensoñacones, —"the fairy"; "aquella otra" misteriosa Haidé, de más tarde—, y con un sentido tan sano al mismo tiempo de las cosas; esta mezcla de disparatado idealismo y de amor entrañable a la realidad, tan española; este sentir casero de la vida, mientras se abrasa uno en un no se qué de ninguna parte; cuanto sustenta de su mejor savia del poeta, palpita en estas páginas con toda su fuerza. Y por esto, por saber acudir a la raiz más íntima del "caso Maragall" en vez de andarse por las ramas, gozoso de prenderse en lo complejo de su trazo, es por lo que consigue la justeza de su interpretación. El famoso *aburguesamiento* del poeta jamás ha sido analizado, sin propósito de hacerlo, con más fino tacto ni más exquisita ternura. A aquel sentido familiar de la vida que el poeta tanto estimaba, se le debe en buena parte el de su poesía, la racción vigorosa, espléndida, que toda ella significa contra el pesimismo y la delicuescencia en que se corrompían los versos de los seguidores de Heine. Serrahima apunta bien cuánto se debe al solo gesto de Maragall de oponer resueltamente a la provincialización de Heine, la universalización de lo específico catalán. "La vaca cega", sin ir más lejos, es el nombre de una de estas batallas. "La Sardana", otro, entre tantos de su obra.

Toda la poesía de Maragall está un poco estremecida de ese limpio, robusto y bien medido aire sardanístico. Se siente la presencia del campo jugoso que tanto le llegaba al poeta y su gracia es la popular, tan equilibrada y saludable. Todo un poco a ras de tierra, quizá sin pasar del nivel de lo cotidiano, pero sin que tampoco los sentidos dejen de estar atentos, saltando por encima de las playas y los montes próximos, a un cierto resón griego que en todo ello se advierte.

Impulsado por este amor profundo que le une a su tierra, por esta caudalosa ternura, el poeta asoma sus miradas a toda la "espaciosa y triste España". La fuerza de su catalanismo, la hondura que en él cobra este sentimiento precisamente es lo que le hace rebasar del huerto cerrado de su tierra a todas las de la patria, y aun sobre estos mismos horizontes, abrirse a otros más amplios. Porque al espíritu de Maragall no le es dique esta o la otra frontera, ninguna supuesta muralla.

S. V.

DESCANSO EN LA GUERRA

(Comentario a dos ensayos)

En ocasiones se encuentra descanso en la guerra, y tal vez sea donde más íntegramente pueda entregarse a él, porque la guerra, ni es tan pesada y dura como se la imaginan los deudos, que la siguen por escuetos partes oficiales y cartas anódinas; ni tan cómoda y llevadera cual quisieran en determinados momentos nuestros flacos cuerpos.

Se entrega uno al descanso de mil maneras distintas. Unas veces dedicándose a no hacer nada; a estar simplemente, a sentirse vivir, y, como decía el clásico,

a desviarse de la vida viviendo, aceptando los hechos en un estar fatalista. Otras, se lee, pero no lectura preferida o textos de técnica militar, sino novelas, novelas de aventuras donde la atención queda sujeta con la fuerza de los acontecimientos vertiginosos y apasionantes. Probablemente esta forma de descanso es la que más éxito tiene, y la razón es sencilla. Es tan poderosa la servidumbre militar que lo que busca quien la profesa cuando sus jefes o el enemigo le permite la inactividad, que en la milicia es descanso, algo que las obligue a concentrar la atención en problemas distintos a los que constituyen su vivir cotidiano. Y busca este cambio de ambiente, no como remedio de su cobardía de hombre sino porque de todas las profesiones, es la de militar la que más íntegramente se impone, la que más totalmente absorbe, siendo difícil salir de sus ámbitos durante el descanso, porque la atención sigue alerta, vigilante y en guardia, como si el enemigo iniciara una nueva maniobra o nosotros prepararnos contra una maniobra.

En uno de esos instantes de descanso, al llegar a Valencia, cae en mis manos un número algo atrasado de la "Revista Cubana", y a su lectura me dedico, en principio un tanto maquinalmente, más adelante con interés, al final con la pasión de siempre. Y he aquí que en la mencionada revista y ligados por un azar venturoso —tal vez el fino intelecto de su animador Chacón y Calvo— encontramos dos trabajos, dos ensayos debidos a Ramón Menéndez Pidal y a José Manuel Cortina y que llevan por títulos respectivos "La Idea Imperial de Carlos V" y "América y el destino del hombre". Su sola lectura produce toda una gama de proteicas reacciones, en que se unen, sin fundirse, pero también sin forzar la unión, sin que se repelan los conceptos de ambos trabajos.

Uno y otro ensayo nos llevan por caminos distintos a España, y no debe sorprendernos, porque los caminos de España, o de las Españas, que lo conducen a su ser íntimo, como los caminos de la verdad o de la vocación, son múltiples, dispersos, sorprendentes y casi tan numerosos como los caminos del mundo. Pero el que estos caminos sean numerosos no significa una ilimitación, por el contrario, nuestros caminos son limitados y hasta prefijados, pero no de una manera absoluta.

Por todas partes se va a Roma, dice el adagio. A Roma sí, pero no a España. A Roma, que es en ocasiones la austeridad republicana, para ser luego la disipación imperial, a Roma, que es en ocasiones la cuna de la libertad del individuo —el cristianismo— para ser luego la esencia misma de la coacción. A Roma, que ha sido la empresa de cardenales libertinos y el lugar por antonomasia de la Ley, puede irse por todos lados. Pero a España que es una limitación, dentro de una renovación constante de su capacidad creadora, y un destino: libertad y democracia, a España, que va buscando y superando al hombre; a España, que no es Ley sino Justicia, sólo puede irse por determinados caminos, no siendo buenas todas las sendas, y encontrándonos en las que nos llevan con estos postulados: libertad, democracia, paz y derecho de gentes.

Paz y derecho de gentes, fueron los principales ideales del Imperio de Carlos I, y en el destino del hombre en América se buscan esos mismos postulados enriquecidos y acrecentados con los de Libertad y Democracia.

Aparte de la identidad final de ambos caminos, hay toda una serie de coincidencias. La comunidad en el fracaso, pues ni Carlos I realizó el imperio proyectado ni se ha dado íntegramente el hombre y su destino en América. El que Carlos I fuera el primer emperador —y el único— liga nuevamente ambos caminos, sin que nos aparte el fracaso que significó para Carlos no seguir los consejos del primer americanista español auténtico americanista, hombre de palabra y acción— Hernán Cortés, que le escribía diciendo, tras de notificarle la pacifi-

cación del Imperio de Moctezuma: "Vuestra Alteza se puede intitular de nuevo Emperador de ella, y con título y menor mérito que el de Alemania", ya que se encontraba demasiado atento a lo inmediato, al problema de Europa y en el ambiente había el mismo desprecio que hoy contra América, y sin que las maravillosas Leyes de Indias que se iniciaron en su tiempo, fuera iniciativa suya, ya que el trabajar, y el trabajar por todos los pueblos era algo que estaba en el clima moral de nuestro siglo XVI, como lo está en los momentos presentes. Entonces el español, aparte de sus cualidades de siempre, se veía como hoy completado por las de esforzado, heroico y audaz; como en toda ocasión en que se ha ventilado su continuidad histórica, la perenidad de su genio nacional, de su fe celtíbera.

Encontramos también en Carlos I el viejo ideal americano de la Unión, aunque claro es, nunca pasó de ser un vago proyecto, porque si bien se intitulaba Emperador de América lo fué en porciones muy vagas, así se le considerase con derechos inclusos sobre las vastísimas comarca sin descubrir.

Finalmente, entre coincidencias y disparidades, hay una última afirmación de Menéndez Pidal en su trabajo, un tanto flojo y medianamente conseguido, que transcribo a continuación: "Si cualquier día la Humanidad emprende tal restauración —se refiere a restaurar el imperio— entonces sin duda España, la de los frutos tardíos del Renacimiento, aunque en los tristes momentos presentes parezca tan alejada de ello, tendrá algo que hacer en el abnegado camino de ese ideal".

¿Qué entiende Menéndez Pidal por Imperio? ¿Cree que la idea de Imperio debe ser la misma en todas las épocas? Y sobre todo ¿ha pensado cómo pudo crear en pasadas centurias el español su ideal de superación?

Si entiende por Imperio paz, libertad, democracia y auténtico ¿derecho de gentes, España está más cerca que nunca en estos instantes de realizar esos postulados. Para nadie es un secreto que el final de nuestra guerra va unido a un despertar de la conciencia democrática en el mundo, a un afianzamiento de la Paz, que podrá realizarse precisamente como consecuencia de lo que Menéndez Pidal llama "los tristes momentos presentes" que nos dan la esperanza de que al conjuro del nombre de España se realizarán en lo sucesivo los más apasionados hechos de que tendremos sobre los hombres y los pueblos una autoridad, que podemos denominarla como imperio espiritual. Lo peor en Menéndez Pidal es, en estos años, años de fe no de sabiduría, que tiene ojos y no ve y él que sabe sino de Historia, por lo menos de historias, no puede sacar la lección de los hechos, algunas de las cuales se atisban en otro lugar de la misma revista, al volver las hojas, y después de unos versos de Juan Ramón, en unas líneas de fantasía creadora, en "América y el destino del hombre". Esa vieja cuestión a la que algunos españoles nos hemos dedicado con pasión y entusiasmo, reputándola la más española de nuestras empresas.

Querríamos hacer un comentario generoso al ensayo de Cortina, es a lo menos que tiene derecho quien ha escrito esas líneas generosamente, quien ha convertido la generosidad en virtud política, y quien ha tratado los problemas españoles durante la guerra con una generosidad que destaca, máxime si se la compara con las cualidades de intransigencia e incomprensión que adornaban al gobierno de que formaba parte.

Encontramos en el ensayo de Cortina, junto a una prosa galana, del más puro estilo tropical, aunque nítido, un noble afán de comprensión de los problemas americanos, de las cuestiones Pan-Americanas. Parte de una fe absoluta en el destino de América, y como él dice: "el mundo tiene en América su etapa final" o de transición a la etapa final, añadiríamos nosotros. Considera como todos los

grandes americanistas, muchos de los cuales lucharon por conseguirlo "a América como un hecho moral. Aspira a que América sea la continuadora de la civilización occidental, "el estandarte blanco de los siglos futuros", haciéndola cuna de todos los grandes proyectos, de todos los imposibles, de todas las utopias que han idealizado hasta ahora la vida de los hombres. Y hasta aquí todos estamos conformes: América es un todo potencial, es la vieja civilización occidental que se renueva con el aporte de un Mundo virgen y de unas razas que se enriquecieron con la mezcla y fusión, y de un trópico desconocido, aunque no ignorado. Pero lo malo es que, cuando Cortina quiere cristalizar todos estos anhelos en unas conclusiones un poco vagas, en la forma de hacer realizables todos estos proyectos, cae en un final un tanto ingenuo, aunque no desprovisto de fantasía.

Encarga de la misión de crear ese ideal Pan-Americano, ese afán de superación y trabajo a la Asociación de Escritores y Artistas Americanos los cuales deben constituir: "una legión de hombres que se organizan para trabajar con altos ideales continentales y humanos, con lo más noble que tiene el hombre: con el pensamiento; y con la fuerza de sugestión más poderosa que tiene la palabra y el arte".

No es posible admitir esa fórmula. Tiene un excesivo sabor a falso españolismo; necesitamos algo más concreto. Cierto, que como dice Waldo Frank, sólo los artistas pueden crear América, y sólo en la medida que en ellos haya cumplido la tarea de creación, podrán los políticos y críticos conservar lo que haya sido creado; verdad esta más evidente todavía, si consideramos como encargados de hacer tal obra, a políticos carentes de todo contenido y toda capacidad creadora, embotados en el pequeño mundo acretinado de sus bajas pasiones, sin más horizonte que lo cotidiano, sin remontarse jamás al futuro, pero con todo esos escritores y artistas tendrán que basarse en algo más positivo para realizar dicha empresa.

Como consencuencia natural de lo que venimos escribiendo surgen estas preguntas: ¿Cuáles son los ideales continentales? ¿Hasta qué punto les son comunes a los diversos países americanos? ¿Hasta qué límites existe como algo positivo la idea continental en América? En teoría es algo que vive. Hay congresos más o menos periódicos, publicaciones que se hacen eco de esos congresos, unos cuantos paladines, aislados y subestimados, de esas ideas, pero en la realidad el Pan-Americanismo es una cosa tan vacía como nuestro Ibero-Americanismo a la violeta, que se reducía a "estrechar lazos", y entendiendo por tal unos solemnes banquetes y unos indigestos discursos al final de ellos el día 12 de octubre.

Sin embargo, es evidente que las ideas de Unión y Federación están latentes en todos los países americanos, en todos sus gobernantes. Los americanos de todas tallas se han mostrado ciegos partidarios de las ideas de Unión y Federación. Lo eran los dos americanos más extraordinarios: Bolívar y Martí, otros de menor cuantía, y hasta otros como Venustiano Carranza, que traen a nuestra memoria recuerdos de la América pintoresca. Y aun hoy día, y sin menospreciar el Pan-Americanismo se habla de uniones limitadas dentro del Continente Sur. A un destacado político chileno hemos oído la teoria, no carente de sentido político-económico, de la Federación de los países del Pacífico, desde el Ecuador con la capital de Antofagasta y que terminaría con algunos problemas sobados con exceso, como por ejemplo el de Tacna y Arica.

Y por añadidura, junto a estos proyectos teóricos, no ha habido intentos prácticos? La Gran Colombia, que llegó a ser durante algunos años una realidad, la Unión Antillana, la Federación de Repúblicas Centro-Americanas es la mejor

contestación a esta pregunta. Y sin embargo todos esos intentos fracasaron. ¿Por qué? En mi opinión porque eran uniones vacías de contenido, porque se reducían a "estrechar lazos", a fusionarse o agruparse en nombre de intereses no demasiado concretos, que nadie sabía de qué orden eran, con un olvido absoluto de la economía y sin haber constituído una finalidad nacional, un proyecto espiritual y material de realización para el futuro. Eran intentos en los que no se contaba con él, y en esas circunstancias su muerte era segura.

Se proyectaron algunas de esas uniones o federaciones precisamente cuando era más poderoso el imperialismo yanqui, cuando el monroísmo integral era el "*jusgentium Amaricae*" de los norteamericanos. Y en estas uniones o federaciones no hay un solo intento de defensa ante el imperialismo, ni de ayuda a otros pueblos americanos amenazados: tampoco se habla de lo nacional como elemento fundamental de toda renovación, ni de nuevos ciclos culturales, ni se piensa en el indio y el negro como elemento renovador. Todo fué discursos y banquetes, y entre discursos y banquetes agonizaron y murieron.

Pero, con todo, la gravedad que encierra este falso planteamiento, hay en nuestra opinión un error mucho más grave en el trabajo que comentamos: la ausencia de España, ausencia que no sabemos si deliberada o no, y que se repite en todos los tratadistas americanos de este tema. España está en el ensayo de Cortina, están sus postulados eternos, está la savia que supo imprimir a su colonización, están los valores morales que nosotros representamos y significamos, pero no está España como potencia actual, sino como potencia que ha dado al mundo cuanto tenía que dar.

Nos explicamos en parte esta actitud de los americanos con respecto a la Madre Patria. Las guerras de la Independencia están todavía muy próximas, proximidad aumentada por la desgraciada intervención de nuestros compatriotas y diplomáticos en las luchas intestinas de ultramar, y que obligaron a aquellas primeras constituciones xenófogas y rígidas y que tenían como principal intento crear el Estado y su soberanía, los conceptos de Patria y Nación, olvidándose que España nunca ha dejado de ser una potencia americana, Cierto que en ocasiones lo hemos sido sin quererlo, y en otras, incluso contra nuestra voluntad. Pero lo positivo es que somos una potencia americana, con fuerza acrecentada en estos momentos por decisiva influencia de nuestra lucha.

En los momentos presentes entre América y España, el nuevo mundo es España. España es el país que se está desarrollando con una capacidad renovadora que nadie que no viera su destino con fe de iluminado, podía creer. Su voluntad en crear un mundo nuevo, su esfuerzo por crearlo y su capacidad para llevarlo a cabo por encima de la vida y de la muerte son la mejor garantía, de lo que afirmamos. España es lo nuevo, o mejor dicho, lo antiguo renovado por la inagotable capacidad renovadora de sus hijos, que han vuelto a encontrar su destino, en esta época de transición e indecisiones, y que se entregan a él con fe. mas no con fe milagrera, sino con fe creadora, a partir de realidades concretas y de hondas razones de índole espiritual.

España despertada de su aletargamiento de dos siglos, va adquiriendo conciencia de sus empresas, sabe donde y por qué puede trabajar, y trabajar con fruto, sabe ser continuadora de su Historia y entregarse por todo el mundo, para todo el mundo. Pero en primer lugar por y para América, adonde llevara como en otras edades lo mejor de su genio: la Pasión de la Independencia nacional de los países que formaban parte de su poderío, la democracia, la paz y un derecho de gentes enriquecido por los experimentos de estos últimos años.

América va dejando de ser algo lejano y vago entre los españoles, en estos dos años de guerra, hemos aprendido más de ella que en todos los tiempos pasados y esperamos la hora del triunfo para lanzar a caudales los bienes que hemos conquistado a las jóvenes repúblicas americanas que entretanto estarán buscando la cita para su Unión. Y esa cita partirá de España esa hora la señalaremos nosotros, como señalamos su descubrimiento al comienzo del Renacimiento. Europa sufría otra crisis entonces para hacer posible la continuidad de la civilización europea, hoy para superarla.

Estos conceptos están, sin saberlo, en la conciencia de todo español, especialmente entre los que luchan en las trincheras, y con ellos me he dedicado muchas veces a soñar esa gran fusión de pueblos e intereses que van a constituir en un mañana muy próximo España y América, merced a nuestra realidad y empuje y a la labor preparatoria de americanos ilustres como José Manuel Cortina que para realizar sus proyectos tal vez les haya faltado una única cualidad, pero sin la cual es imposible hacer nada: fe en el pueblo, en los pueblos.

ALFONSO RODRIGUEZ ALDAVE

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

SUEÑOS DE GRANDEZA

(*NOVELA*)



1938

5

En las primeras semanas que siguieron al estallido de la guerra civil era curioso observar los viejos tipos y añejas costumbres, todos los restos de un mundo en trance de muerte, que subsistían aún alternando con las nuevas siluetas y colores, con las canciones, saludos y esperanzas que llenaban el aire y latían en cada casa, en los campos, en el cielo y en cada rincón de España.

Se han ido perdiendo más y más cada vez aquellos gestos y sonrisas, aquellas primeras melodías que un día parecieron la armoniosa voz del entusiasmo y luego, poco a poco, relegadas a los pianillos de manubrio, arrastraban su hastío e inútil repetición a la puerta de los bares y en las plazas. Se han olvidado aquellas meriendas y aquellas charlas «como antes», últimas, definitivas.

Entonces estaba aun muy cerca la gran catástrofe, la gran luz, de la cual nuestra guerra presente no es sino triste y terrible consecuencia.

El viento del sacrificio vibraba con los primeros ayes y un impulso heroico, generoso, llenaba todos los pechos. Era la decisión, la sangre, que hace cambiar la faz del mundo.

Ahora han vuelto olvidadas maneras y cortesías y volvemos a usar el «don», pero ciertamente esta y otras palabras no pueden ya significar lo que antes significaban.

Si dirigimos la mirada hacia el pasado, hacia un pasado de dos años atrás tan sólo, vemos que han muerto o han desaparecido quizás para siempre, aquellos inquietantes fantasmas que antes llenaban ciertos cafés, las habitaciones sombrías que tienen mesa-camilla en el centro y también algunas calles recónditas.

Muchos viven aún escondidos, olvidados, disfrazados de naturalidad, convertidos en burócratas o disimulando su peculiar misterio con una máscara de actividad. Otros viven realmente apagados, humanizados bajo el peso de la guerra, bajo la común angustia de muerte que nos llena. Porque la muerte llena hoy nuestra España. La muerte cada día anónima, metódica, muerte que se agiganta y nos inunda hasta colmar la medida que requiere el triunfo.

I

Yo recuerdo ahora extrañamente, con el melancólico sabor que da la lejanía, como fué aquella tarde de Madrid, radiante de sol, erizada de fusiles, cuando ingresé en el umbrío recinto de una repostería acreditada, que creí al principio casi desierta, y adquirí un pastelillo, sorprendido quizá de hallarlo, pero con naturalidad, sin parecerme extraordinario el hecho de que su calidad fuese como la de los otros pastelillos que se servían antes de la guerra en ese mismo lugar, conocido por todos los glotones educados de la capital.

El pastelero que me entregó la ansiada golosina, vestido con corrección, con aire resignado, lo hizo amablemente con una sonrisa cortés, que aludía sin duda a las dificultades del momento y encerraba por tanto una crítica, que yo comprendía era discreta y benévola tan sólo por temor, ya que el pastelero no me conocía en absoluto. El hubiera querido contenerse aun más, y no dejar traslucir su pensamiento, pero varios días de encierro y aislamiento, privado de su clientela, habían trastornado un poco sus facultades y habían hecho crecer su ansia de comunicación. Esta era la causa de que traicionase ahora un poco la rígida inmutabilidad con la que, desde que estalló el movimiento subversivo y este fué sofocado en Madrid, acostumbraba a presentarse ante el público.

Mas yo advertí un contenido desdén en la gravedad con que atendía a un tosco miliciano que, consciente de su fuerza, pero azorado, pedía un pastel «cualquiera» y miraba en torno suyo entre provocativo y tímido. El entraba ahora por primera vez en este lugar céntrico, tan conocido por fuera, que antes descubría su intimidad tan sólo a elegantes o a viejas damas con bastón y negra cinta al cuello.

No era esta repostería famosa de la cual hablamos, lugar de ostentosa elegancia. No era su comodidad ese *confort* fácil, americano, al alcance de todos, sino el propio de un lugar más viejo y prestigioso. Era éste un antiguo y recatado punto de citas y hallazgos, cerrado, íntimo y familiar ya dentro. De un modo premeditado se suprimían allí las nuevas bebidas, los cocktails, lo mismo que las rudas y comerciales maneras. Las señoras cogían por sí mismas los pastelitos y los comían a bo-

cados pequeños, mientras contemplaban el sol cortado a rayas, que en la calle, a través de los visillos, se veía pegado al asfalto, u observaban el suelo húmedo bajo un cielo plomizo o las luces de los escaparates de enfrente y las gentes al pasar deteniéndose en las vitrinas. Fuera, mientras, los transeúntes vulgares, acostumbrados a ver las paredes color caoba de este lujoso establecimiento y la soberana calidad de las muestras de sus especialidades que exponían entre cristales sin rodearlas de luces de color o falsedad alguna, tenían la vaga sensación de que sólo materialmente estaban cerca de ese mundo cerrado para ellos. Al entrar sentíase inmediatamente el contraste entre la vida impersonal de la calle, entre el bullicio y la penumbra interior que envolvía la vida delicada, las voces apagadas de los pocos clientes habituales que tomaban pasteles en pie o sentados en las discretas mesitas del salón reservado. La dama que había comido el dulce serenamente, esforzándose al hacerlo en mostrar su finura, lavaba luego sus dedos al chorro que caía de un pequeño grifo y bebía agua helada o té, que ella misma se servía. Al ir a pagar llamaba por su nombre al respetuoso empleado, dirigiéndole a menudo algunas palabras en tono amigable, fingiendo amabilidad por educación o tal vez para mostrar la auténtica aristocracia de su espíritu. Al tratar al dependiente como a un viejo criado, quería probar también que no eran de ningún modo advenedizos los que allí habían entrado, sino personas conocidas y respetables.

Pocos días antes, en un lugar parecido a este del cual ahora nos ocupábamos, un lugar bastante más popular y al que acudía con frecuencia gente más mezclada, una señora llamaba familiarmente al obeso y atareado dueño pretendiendo así atraer su atención, pero otras varias señoras apelaban igualmente, aunque con más timidez, a este mismo recurso para lograr ser servidas antes de que los pastelillos se concluyesen. Y resultaba en extremo triste la utilización grosera y precipitada de lo que fué un antiguo prestigio. La alusión al pasado que hacía con insistencia esta señora, venía a ser como quemar las velas de su grandeza. Ella no veía que el querer ser atendida porque fué persona excepcional y aristocrática y pretender con gritos hacer valer sus derechos era una contradicción. No veía que su prestigio podía mantenerse únicamente por el desprendimiento, por la generosidad en estas graves cir-

cunstancias y que rompía ella misma el pedestal sobre el cual el dependiente podía tal vez imaginarla si se ponía a vociferar como las otras vulgares compradoras. El obeso señor alternaba la sonrisa y la gentileza antiguas con el desplante y la impaciencia, con el malhumor propio del comerciante que, sin ver gran provecho en ello, se siente acuciado por ávidos compradores. La señora que estupefacta presenciaba este repentino cambio en la conducta de «Nicolás», no pensaba seguramente que tenía ya ante sí a uno de los tipos a que ha dado lugar la guerra, y no de los más hermosos ciertamente: el comerciante, el dependiente soez. Más también el que fué en otro tiempo respetuoso pastelero podría decir que había asistido aquel día al desmoronameinto de un prestigio, al hundimiento de una personalidad que la guerra había consumido, como otras tantas.

En la repostería más acreditada, aquella de la intimidad en penumbras a la cual antes nos referíamos y en la que ingerí como ya he dicho uno de los últimos exquisitos pastelillos que se fabricaron en Madrid, el elegante empleado de edad madura que a mí, al entregarme la diminuta mercancía sonrióme de un modo melancólico, se mostraba ahora, ante la presencia de unos ruidosos milicianos más activo y entero, más grave e irreprochable, sirviendo con prontitud y permaneciendo luego impasible ante los devoradores de pasteles que llevaban fusil al hombro, como queriendo así señalar que él era tan sólo un trabajador humilde, un hombre del pueblo también que cumplía honestamente la función que la sociedad le había encomendado y que entregaba los pastelillos a los sucios milicianos con la misma satisfacción, o más si cabe, que antes los ofrecía a las señoras que frecuentaron su acreditado establecimiento.

Pero no era nuestro propósito hablar tan sólo de la vida en las pastelerías en el otoño madrileño de 1936. Queríamos, al comenzar, decir algo de un tren que cada día salía desde un pueblecito cercano a Montoro, en la línea de Madrid a Córdoba. Cada tarde los empleados del tren se reunían en un huerto a la sombra de cualquier árbol y comían incansablemente ensaladas y melones, esperando la hora de la salida. Esto ocurría hacia mediados de septiembre durante el primer año de

la guerra. Un miliciano enjuto y grave, sentado en el suelo, con su mochila al lado y el fusil sostenido entre ambas piernas, contemplaba distraídamente a los satisfechos ferroviarios, esperando igualmente la hora de la partida. El reloj de la estación, a cuyo costado quedaba el huerto, marcaba ya la hora precisa para salir, pero la máquina permanecía aun dormida y nada indicaba que el tren fuese a arrancar pronto, si no era el ir y venir de algunos pasajeros, milicianos que regresaban a Madrid en su mayoría, y alguna que otra mujer con sus chiquillos, que huía de aquel infierno. Hacía un calor sofocante. Más de un viajero a la espectativa, tumbado sobre el suelo, contemplaba el espacio infinito, pero no con el reposo, con la sensación de honda calma con que pudiera haberlo hecho dos meses antes, sino ya con esa inquietud indefinible del que conoce el ruido cercano de los motores de aviación y el silbido de las bombas.

La estación, el tren, los funcionarios del mismo, todo allí había perdido ese aire inexorable que caracterizaba antes los viajes por ferrocarril. La antigua división matemática, rigurosa, del tiempo en minutos y segundos inaplazables no era ya más que un recuerdo, una nostalgia para algunos. «*Debe* salir a las 18'22», dijo el jefe de la estación contestando a la pregunta malhumorada de Arturo, que así se llamaba el miliciano cuyos pasos hemos de seguir en esta narración, y al decir *debe* el jefe quería indicar sin duda que la humana realidad no coincidía ya con ese propósito, con esa abstracción remota que eran los números fijados en un cartel.

Los fogoneros, revisores, camareros, etc., comían todos juntos charlando con animación y buen humor y se mostraban obsequiosos con todos. Mas se sabía que una vez dentro del tren, embutidos en sus antiguos uniformes, recobraban parte de la perdida seriedad y automatismo. Alternaban el cumplimiento del deber con la camaradería y la ostentosa franqueza esforzándose en parecer demócratas y en demostrar que practicaban tan sólo la consigna general de orden y disciplina indispensables al exigir el billete al miliciano que viajaba sin él y sin tener tampoco el pasaporte adecuado. Discutían entonces y al recibir groseras respuestas y amenazas trataban cobardemente de apoyar su opinión en la de las personas más cultas que viajaban en el vagón, y se sentían unidos

a los tímidos y dóciles burgueses que tenían aún la candidez de tomar billete de primera, pensando que de este modo se aislarían de los combatientes.

Ya hacía un rato que el tren marchaba acompasadamente y nuestro miliciano, acurrucado en un rincón, cerraba los ojos con energía disponiéndose a dormir o aislarse al menos del barullo circundante. Esto fué en absoluto imposible hasta que se hizo dentro del vagón un relativo silencio. Ahora ya algunos roncaban y otros hablaban en voz más baja. Había pasado la hora triste del extendido crepúsculo, el momento del pan, el vino y la tortilla.

La luna plateaba los olivos y daba a la lejanía del campo misteriosos relieves. El tren silbaba, cruzando llanos, alejándose cada vez más de aquellas tierras ardorosas. A la imaginación de Arturo acudían mil imágenes que habían impresionado sus ojos o su corazón durante aquellos largos días de estancia en tierras cordobesas. Los escopeteros de Villafranca con su sombrero de alas anchas y sus pañuelos de vivos colores, con el caballo encabritado, como en un romántico grabado de bandidos. Todo estaba aun en desorden por allá. Si os acercábais al pueblo nada veíais, pero luego aparecían docenas de ojos y cañones de escopeta que os apuntaban y los que aparecían más cerca os sonreían diciendo: «Nunca se sabe quien puede venir...» Recordaba también Montoro, encendido, con sus casas blancas y sus rojas banderas y los entierros ceremoniosos, musicales; era el entierro casi diario de algunos soldados muertos en el frente inmediato; y el pueblo en masa acompañaba en su último recorrido por la tierra a estos héroes caídos, vertiendo por ellos lágrimas y maldiciones.

El corazón de Arturo se impresionaba vivamente ahora con el recuerdo de esas huellas de la crueldad humana que había percibido; era una bestia feroz la que había pasado por los campos: restos humanos, cadáveres mutilados, y los cuerpos renegridos de unos campesinos que habían sido quemados vivos por los fascistas a su paso por el pueblo de Pedro Abad, en la huída de éstos desde Montoro a Alcolea, cuando el empuje magnífico de los mineros de Linares. Arturo mismo los había visto aún, junto a una tapia. Los moros, el tercio, los requetés, los escapularios, ¡una terrible carnavalada! Y cada día nuevas noticias, nue-

vos hallazgos, rastros de la crueldad de estas almas monstruosas, rasgos propios sólo de *honorables* oficiales, de esos que adornados con un breve bigote que habían paseado hasta entonces su estupidez por las calles provincianas. Las tropas moras que habían entrado en Villafranca iban mandadas por un oficial burócrata, residente en Córdoba, hijo de aquel pueblo. El mismo quiso llevar allí los moros para poder mejor decir cuales habían de ser las víctimas preferidas. Pero los moros se habían luego dedicado sobre todo a saquear las casas de los ricos, las de los amigos del oficial en cuestión, sin que éste pudiera contenerlos, pues estas casas tenían, como es lógico, botín más apetecible. Después que este pueblo fué reconquistado por nuestras fuerzas, el mismo Arturo había podido ver en una casa acomodada, deshecha a culatazos de fusil, un montón de medallas de aluminio pisoteadas que, indudablemente, tenían allí guardadas algún devoto exagerado o un almacenista de estos símbolos de la fe. Luego recordaba también tipos extraordinarios, locos, ingenuos, bondadosos y ciertamente algunos malvados. Recordaba aquella madre sufrida, digna, que de su extensa familia no conservaba más que dos hijitos. Habían muerto, antes de que ella saliese de Baena, sus padres, su esposo, sus hermanos y hermanas. Ahora ella estaba sola en el mundo, pero no lloraba, ni se quejaba apenas, ni hacía ademanes exagerados; miraba a todos tan sólo con sus ojos vivos y silenciosos y escuchaba lo que se decía de la guerra.

Allí quedaba toda esa inmensa catástrofe que llenaba los campos enteros de España; era difícil olvidarla, pero la guerra ya en cierto modo iba convirtiéndose en hábito.

El vagón alumbrado por tenue luz era ya un lugar de calma, de muerte. Habían pasado los gritos y las disputas violentas, inútiles, que momentos antes llenaban el estrecho recinto en el cual se encontraba Arturo. Eran por lo general palabras vanas las que vertía cada uno, sin responder nunca al otro, y con ellas se pretendía tan sólo hacer prevalecer una superioridad, hacer patente un orgullo e independencia, probar su fuerza frente a los demás. Ahora todos dormían abandonados y lo que antes fueron palabras de discordia eran ya ronquidos y soplidos que se entremezclaban amorosamente. Las aplastadas siluetas de

los viajeros que descansaban de su fatiga echados en el suelo o sobre los asientos, daban al conjunto un aspecto mísero y oscuro, y una voz de asombro, una palabra silenciosa, emocionada, parecía entonces levantarse de sus cuerpos y escapar prodigiosamente por la ventana hasta el aire libre de la noche. Era una voz angustiada, triste, un cadáver, una madre enlutada que preguntaba al cielo estrellado: «¿Por qué?»

Ver como otras personas duermen es siempre algo desagradable, inquietante, quizá porque el silencio, la calma aparente en que los otros están sumidos, hace más firme el misterio de la conciencia vigilante. «Yo estoy aquí», parece que queremos decir si otro descansa. «Yo estoy aquí y pienso, soy alguien». «Yo estoy ahora aquí y alrededor mío hay silencio, siglos, oscuridad». El cielo indiferente oye tal vez estas palabras, expresión de nuestro asombro de vivir.

El día es el olvido, pensaba Arturo ahora. Vivir el día es desarrollar una mentira a la luz, pero en la costra solo. Es falso lo que hacemos y lo que decimos, no tenemos una certeza de nada. Y es falso también el olvido, moverse como si nada pasase. La noche está aquí, está siempre cerca, está dentro. La verdad no es la palabra, no es el torpe silencio. La verdad es la nada. Mas también es verdad el alma que asombrada pregunta por esa nada.

Hundirse en la noche o un concentrado pensar, un rayo de inspiración, nos procura la visión de la luz verdadera por un instante. Sólo un milagro, sólo la inocencia nos da la palabra justa. De la contemplación de una mentira, de una apariencia, de la contemplación del mundo, cuyo fondo es la nada, surge el divino prodigio de Dios, la mentira de Dios. Dios es como una solución fácil, como una condensación prematura. Dios no está ahí, Dios es nada, pero no podemos decir que no exista. De noche el espacio nos muestra su infinita grandeza y las estrellas entonces parecen contener a Dios. La noche no tiene palabras. Y decir Dios es decir una falsa palabra. Dios sólo es un fantasma, la proyección de nuestra conciencia vigilante. Dios es un juego del día, una necesidad urgente, un almohadón para nuestro descanso, como alguien dijo. Pero de noche el alma sale de sí y se engrandece, el alma atormentada busca a Dios y lo encuentra en un lamento, en una pregunta hondísima.

Medio dormido, pensando, sin saber que pensaba, Arturo se dejaba

ahora arastrar, alegre por cambiar de lugar, sabiendo que enterraría al despertar, al vivir cada día, algo esencialísimo, lo único que verdaderamente puede importar a un hombre.

Amanecía. El tren cruzaba ya la extendida, la contenida llanura de la Mancha, la tierra llana como la superficie de un lago cara al cielo, frente a la cual el alma se desataba en mágica carrera, en prodigiosa huída. El campo se iluminaba y los hombres, allá lejos, comenzaban a despertar de su letargo. Dentro del vagón, todos menos Arturo, dormían prolongando la paz y el misterio de la noche, y sus cuerpos abandonados sobre el piso de madera adquirían lúgubres matices a la luz del alba. Pero no tardó en cambiarse el panorama de fuera convirtiéndose la vida en algo más «natural», mientras que dentro despertaban también los que viajaban dirigiéndose a Madrid.

En el coche restaurant servían ya desayunos y repetíase muy inútilmente la palabra «camarada». Una señora, de triste y bondadosa sonrisa, pugnaba por ponerse a tono con las circunstancias y dijo «sí» cuando humorísticamente le preguntó el camarero si deseaba mantequilla, lo cual hizo reír a todos. Luego pidió más azúcar para el café y, benévolamente, le fué ésta concedida. La señora pensó sin duda entonces que no eran tan malos estos hombres de la revolución, y que el truco estaba en «saberles llevar la corriente». Los camareros que atendían a las mesas, con el cuello desabrochado, se ofendían si se les pedía algo y oscilaban siempre entre la reverencia y la grosería.

Una hora más tarde el tren, sobre el cual pegaba ya el sol fuertemente, atravesaba los hermosos campos que rodean Aranjuez y sus jardines en los que parece adivinarse el juego de dieciochescos pastores o doncellas de porcelana llevando al brazo la cesta repleta de frutas, mostrando sus tobillos con la misma discreción que su sonrisa. Luego llegaron al fin los pueblos cercanos a Madrid, viejos poblachones castellanos, remansados y extraños, perturbados por la proximidad a la capital.

Madrid se adivinaba ya cerca y no tardó en verse la extendida mancha de piedra, con sus torres y edificios conocidos. Se veían ya también las copas de algunos árboles que, formando hileras, adornaban calles aho-

ra invisibles, calles antiguas, transformadas, con sus viejas casas que habían resistido el paso de los siglos y en las que desde tiempo inmemorial, sucediéndose unos a otros, los jóvenes habían unido su alegría de vivir al cansancio de los viejos. Madrid mostraba su perfil goyesco y señorial, con su alto palacio allá entre nubes, con su sierra velazqueña al fondo.

Ahora, próximo ya a la estación, pasaba el tren por ese lugar cruzado de múltiples raíles a cuyos lados, hundidas, quedaban miserables casas de ladrillo, con las puertas tapadas por un saco, casas que formaban la prolongación de arrabales madrileños, remotos barrios de traperos con sus empinadas calles de campo, de cabras, y la solitaria bombilla sobre un palo fijada en una esquina. Pocos días antes, allí mismo, según se había dicho, las gentes habían asaltado un tren que conducía doscientos guardias civiles prisioneros. El pueblo estaba indignado con estos lacayos. Después de haber jurado lealtad a la República y después de ratificar ésta, se pasaban a centenares al campo enemigo. En Córdoba nos traicionó un jefe, que había ya luchado por la República para ganar la confianza del Gobierno del pueblo y en un momento de apuro, cuando Córdoba estaba a punto de caer en nuestras manos, se pasó a los fascistas con todos los guardias que mandaba.

Ahora el pueblo juzgaba a estos bellacos, cobardes además, pues Arturo los había visto temblar durante un ataque que se hizo con ellos y en el cual los milicianos bisoños se comportaban valientemente. Los guardias civiles, terror de los obreros indefensos, temblaban entonces como niños y lloraban oyendo el zumbar cercano de la aviación fascista, de los primeros aparatos alemanes que entonces llegaron.

Madrid, se decía, ha juzgado a los negros aguiluchos. Pero, ¿qué Madrid? Madrid estaba allí quieto, como la tierra que contiene un hormiguero. Madrid parecía indiferente, ajeno a lo que pasaba en los campos de España. Sin embargo, era sabido que Madrid conoció también sus días de sangre y de gloria, su 19 de julio magnífico.

Madrid. corazón de España, registraba antes cualquier ligera conmoción ocurrida en una remota aldea. Pero ahora no, era imposible, se habían roto los hilos, eran muchas las noticias; ni el papel ni el cerebro podían abarcar tantas catástrofes, y Madrid por eso aparecía en calma.

Muertes, victorias, derrotas se sucedían y Madrid estaba allí indiferente a primera vista, con su risa y su humor, con sus costumbres y peculiares palabras. En Madrid se hablaba de la guerra, pero allí «no se vivía la guerra» como ya comenzaba a decirse. Mas algo, sin embargo, alguien, vivía al ritmo de la tragedia del campo. ¿Quién era? ¿Quién lanzaba las consignas? ¿Quién recibía las noticias? Bajo la calma aparente de Madrid vivía el drama. Era el pueblo, el pueblo desatado, subterráneo, bueno y malo, justo, cruel, magnánimo. Este pueblo había juzgado a los guardias civiles traidores.

Madrid, amplio, difícil, estaba allí. Ya entraba Arturo en él. Todo debía ser distinto ahora en Madrid, pensaba, pues la guerra no podía suceder en vano. Pero Madrid, cuyas casas cercanas a la estación se veían muy próximas, tenía en su aspecto exterior el mismo aire de siempre, al menos en lo que podía verse de momento. Muchas veces al llegar de un viaje, había mirado Arturo, como entonces, de pie frente a la ventanilla, las casas inmediatas, y el recuerdo de sus antiguas imágenes que se fundían con las presentes le hacía recordar también sus viejas impresiones, su olvido que era latente entusiasmo, su callado esperar y la contenida esperanza que nos acompaña siempre en la vida. Ahora era distinto. La esperanza era más viva, más próxima, la esperanza estaba en todo, la esperanza era la salvación, la gloria por encima de la muerte o el dolor.

Hacía dos meses que faltaba de Madrid. Ahora volvía después de un sueño. Pero Madrid mismo era también un sueño.

Decididamente el tren entraba en la estación y se iba ya a parar, ahora poco podría pensar. A la salida, una doble hilera de mozos de cuerda y enviados de fondas y hoteles, esperaba como otras veces el paso de los viajeros, pidiendo las maletas de un modo impertinente. Este era un triste síntoma que inclinaba a los recién llegados a pensar que Madrid, que el mundo, sería en efecto siempre el mismo. Pero la adulación y la insistencia de los que deseaban transportar vuestras maletas había perdido ya el carácter de otras veces, ahora era más seca su demanda y menos prometedora su voz. Ya no había galones dorados que os hiciesen pensar en la suntuosidad de un hotel, ni modestos empleados que os pusiesen en la pista de fondas sorprendentemente económicas y

confortables. Diríamos que allí sólo quedaban los esbirros de una burguesía alicaída y sin brillo, con todos los feos vicios de ésta y sin sus ventajas.

Arturo rechazó a los que pretendían arrebatarle su breve equipaje y pronto se encontró, libre ya de murmullos y asedios, en pleno Madrid, en el centro de la Plaza de Atocha. Cruzaban en todas direcciones los tranvías y los automóviles, y los transeúntes se veían obligados a marchar con la cabeza medio vuelta para evitar ser atropellados en ese lugar de difícil paso. Arturo miraba a su alrededor y sentía dentro del pecho la alegría de encontrarse en la capital. Estaba allí, en Madrid, como otro cualquiera. La gente no reparaba en él. Muy cerca, aislados, perdidos como él, pasaban otros viajeros, maleta en mano, que acababan igualmente de llegar. Y los que llegaban de otras tierras parecían con su actitud mostrar la extrañeza que les producía el verse en plena calle confundidos con los vulgares transeúntes que atravesaban en ese momento la plaza llevados por fútiles negocios. Iban y venían en todas direcciones, subiendo y bajando de los tranvías.

Es molesta, ciertamente, la indiferencia del mundo, la indiferencia de todas las almas hacia un alma. Mas era bien cierto que el mismo Arturo había pasado otras veces por allí sin reparar apenas en los que entonces salían de la estación acongojados o con esperanza, portadores tal vez de melancólicos recuerdos de amores o paisajes dejados allá, o de ilusiones vivas encerradas en la capital de España portadores de besos para amantes desconocidas por él, encerradas en casas que había visto al pasar sin mirarlas nunca con detenimiento. El no atendía a los demás y ahora no era atendido Y Arturo comprendió entonces qué gran significado tiene el que un ser querido, o un ser cualquiera, si éste falta, espere nuestra llegada en la estación, y al vernos, con sus gesticulaciones y precipitados abrazos, con su alegría, calma nuestra honda inquietud, pues entonces nuestra propia emoción se hace externa, y nuestra ansia de amor se hace efectiva por un instante, librándonos de la garra terrible que es el silencio. Parece al llegar, si vemos que nos esperan, que nuestro asombro está allí, y entonces se produce el relámpago de cordialidad que funde nuestra soledad irreductible. Mas si como le sucedió en esa ocasión a Arturo, sólo la indiferencia y distraídas miradas nos

reciben, pensamos con amargura en la áspera condición de los hombres que sólo en momentos excepcionales creen amar y ser generosos, y tal vez lo son. Arturo, al ver venir hacia sí por el Paseo del Prado a una muchacha bonita que, egolátricamente, miraba con insistencia sus zapatos sin advertir el paso de éste, se sintió solo, triste, incomprendido, y dejando que su ánimo fuese vencido pensó que toda revolución era inútil y que sólo el cambio de todas las almas, su polarización en el perenne entusiasmo, significarían un cambio positivo en la vida de la humanidad.

Mas por otra parte la soledad y el dolor engrandecen, y Arturo no tardó en sentirse fuerte viéndose andar libre por las calles de Madrid. Es un recóndito, es un hondo placer ser huésped desconocido del mundo y amigo silencioso de los hombres, y pasear los pensamientos sin palabras, los sueños y sobre todo la conciencia de mirar y ver *eso* que está fuera y dentro del alma, las cosas que sabemos están ahí pero las sentimos en nosotros.

Pasear con el alma abierta, con los ojos vivos y serenos, mudos, contemplativos, este es el gran lujo de las almas excepcionales, silenciosas. Como hablar teniendo el alma callada y ver y sentir más allá de las palabras.

¿Conocéis esa hermosa sensación de libertad e infinito, de misterio remoto, experimentada al abrir una ventana y asomarse desde el silencio de una habitación, cuyo espacio está limitado por unos muros, al silencio de fuera, y mirar sin pensar, sin decir nada, a lo que se mueve ajena y extrañamente allá muy lejos, o a los árboles, a la naturaleza de hermosos colores, de ciega vida interna?

Arturo al caminar contemplaba ahora las casas levantadas como fantasmas y los orificios de las ventanas oscuros como nichos donde se encerrasen los vivos. ¿Por qué siempre desde lejos parecen tumbas las casas de los vivos en las cuales, sin embargo, a menudo se esconde la juventud y la alegría? Ahora la mayoría de las ventanas aparecían desiertas y los vivos estaban sin duda allá dentro, acurrucados. Ya no sonreía como antes el amor de balcón a balcón ni el dependiente de comercio lucía más sus pantalones nuevos ni la viuda coqueteaba descaradamente con el canario.

Las casas estaban en pie, enlutadas, respetuosas. No hundidas, contrariando el optimismo, ni rotas de entusiasmo, ni transformadas. Estaban iguales, mudas, pero su mudez, la mudez de sus huecos, era motivo en el cual prendía la esperanza. Sí; Madrid no podía ser indiferente a la gran tragedia, al gran suceso que conmovía a España entera; no podía todo seguir igual ni en el fondo ni en la apariencia; Madrid había cambiado, Madrid debía haber cambiado. Mas, ¿dónde, en qué estaba patente el cambio sufrido? ¿No era acaso tan sólo lo que se notaba de diferente en la ciudad un eclipse de algunos viejos rasgos, un súbito abandono de los habituales paseos y sonrisas? El Jardín Botánico estaba allí con sus árboles científicos y sus niños y criadas que parecían también salidos de la clasificación de Linneo. El Prado, amplio, parecía guardar el recuerdo de otros siglos en los copudos árboles, que recordaban las amplias faldas de las damas en un grabado, de cintura estrechísima, mientras las niñas, de agudas botitas, jugaban al aro llevando el pelo suelto. Ahora habíase cambiado el *aire* de aquellos tiempos. Sólo en el suntuoso palacio del Museo los cuadros dormidos, conteniendo el sueño vivo de unos hombres, permanecían inmóviles guardando su secreto transparente, mudo. El paseo del Prado le recordaba siempre a Arturo la figura solitaria y romántica de Larra, y las fuentes de este mismo paseo el esplendor mortecino del siglo XVII. Las jóvenes hijas de las porteras de muchas casas de las calles adyacentes jugaban de igual a igual con otras vecinitas, como lo hacían ya antes, y debajo de los bancos, fingiendo hacer comiditas con la arena o haciéndose los muertos, los niños abrían ojos monstruosos a la sexualidad naciente. Las doncellas esperaban siempre la oportunidad del amor y los viejos paseaban entre jardines su cansancio y su olvido. Era el Madrid de siempre. Sólo algún miliciano como Arturo, con su fusil al hombro, ponía en el ambiente una nota distinta.

¿Era la guerra algo más que una gran locura colectiva? Pero fueron ellos, los ricos, las almas negras de rencor los que la habían provocado. A veces pensaba Arturo que esta guerra que ensangrienta nuestra Patria es tan sólo un sueño, un juego macabro. Y quizás sea así, aunque el juego encierre pasiones, nobles pasiones, y aunque luego este juego fuerce a la realidad. Lo que más le incitaba a Arturo a pensar que todo

era un juego, era la enfática gravedad de aquellos que decían a cada paso, a la vista de alguna frivolidad más o menos repudiable: «¡Parece mentira que todavía!...» El mismo no estaba seguro de no haber pronunciado alguna vez estas palabras, y sin embargo comprendía ahora que generalmente no respondían sino a una gran farsa. Pero la verdad está dentro de toda esta trama de mentiras.

Por algunos detalles, sin embargo, podía apreciarse que la guerra también presenta a veces aspectos más reales, más nobles. Un gran hotel, refugio antes tan sólo de cansados aristócratas, de grandes negociantes y turistas inglesas distraídas, de esas que dejan transparentar sus muslos a través de una falda absurda, mientras creen observar la particularidad de un cuadro, un hotel lujoso, lugar antes de adulación, habíase ahora convertido en hospital. En el amplio hall, tumbados en divanes o sentados en cómodos butacones, podía verse a los heridos menos graves, a aquellos que días antes habían luchado bravamente en la sierra. Allí se respiraba un aire cargado de cloroformo viendo el ir y venir de las enfermeras sonrientes y el paso angustiado de los visitantes, y algo profundamente serio como todo aquello que procede de la sangre, una emoción auténtica, parecía vibrar en el ambiente quebrado. Frente al edificio de lo que fué suntuoso hotel quedaban los fieros leones del Congreso, inmovilizados allí, grotescos, aludiendo a las discusiones feroces, prolongadas, inútiles.

Al fin entraba Arturo en el portal de la casa en la cual pensaba habitar mientras permaneciese en Madrid. Pisando los oscuros escalones y en el rellano que formaba la escalera al llegar a los primeros pisos sombríos, Arturo se miraba a sí mismo y se encontraba allí extraño, transformado, con la camisa abierta y la piel tostada por el sol. Ahora iba a entrar en el círculo de su familia, en un mundo conocido por él y tal vez por esto doblemente sorprendente, porque en aquello que conocemos bien descubrimos a menudo secretos prodigiosos. Estaba en Madrid, en su casa, si así podía llamar a la casa de su primo Leopoldo. Ahora subía la escalera de esta casa, estaba encerrado, pero Madrid estába ahí, rodeándole. Se encontraba en un lugar en el cual ya otra vez, antes de la aventura por tierras de Córdoba, había estado. Conocía bien el suelo que pisaba. Abajo quedaba el jardincillo. La puerta que ahora

tenía enfrente era la de una casa de beatas y burgueses ridículos y temerosos. Arriba encontraría sin duda a Asunción y sus numerosos niños, a Leopoldo *el fantástico* y a sus tías Carmen y Carmiña, siempre corteses y distraídas, habitantes de otro mundo. Pero todo no podía seguir igual. Madrid un día se había conmovido. Muchos corazones creyeron unirse. El pueblo ese día se puso en pie. Corría el viento del plomo y de la muerte, ondeaban las banderas, nacía la ilusión de *otra* cosa. Nacía la palabra nueva, la camaradería, el anhelado mundo remoto y sin trabas en el cual los niños no iban al colegio y el cielo purísimo acogía sin reservas todas las palabras apasionadas. Se rompieron los muros ese día y el hombre se sintió libre. Madrid fué nuevo, limpio, infinito por un instante. La Revolución era entonces algo vivo. No habría que escuchar más los regaños de las suegras y hasta parecían resolverse los conflictos amorosos. Todo era más riente e indefinido en ese día excepcional. El azul finísimo de Madrid parecía aun más diáfano. Se respiraba mejor y parecían muchos marchar con más firmeza y esperanza. Los amigos vertían lágrimas de alegría y arrepentimiento. ¡Un solo día había bastado! Todo eso fué en un día, en una semana tal vez, del mes de julio. Mas ahora habían pasado dos meses y la lucha seguía sangrienta y terrible en los campos. Y Madrid olvidaba ya quizás su gran día. Ya habían vuelto las tertulias y se habían hecho por fin en las casas las urgentes reparaciones que fueron retrasadas entonces.

El timbre antes desprendido de su lugar había sido ya de nuevo fijado en la puerta, más sin embargo el viento de julio vibraba aun en muchos corazones, silbaba en las torres madrileñas y acariciaba las cúpulas castizas, los altos edificios que dominan la metálica extensión de la meseta, como el mar rodea la isla de los seres perdidos. Porque Madrid es tan sólo una aglomeración de casas, una aglomeración de seres en el centro de un desierto. Y así llegar a Madrid es una inmensa sorpresa. Son extraños el agua, los ladrillos y las sonrisas. Se llega del campo, del cielo, mas dentro de Madrid parece luego olvidarse la extensión de la meseta. Sólo las calles amplias dejan a lo argo hundirse el cielo; el aire transparente envuelve los árboles, besa los balcones y acaricia las pistas de asfalto con el mismo amor que, algo más lejos, envuelve la gravedad de las tierras sedientas.

Arturo oprimió el botón del timbre y esperó tímidamente que la puerta se abriese. Apareció pronto una niña, Matildina, seriecita y sorprendida, que esbozó una sonrisa pensando en los abrazos, en las charlas y novedades que habrían de producirse en la casa con la llegada del huésped. —No están — dijo al cabo de un rato, poniéndose muy seria, indecisa, por no saber qué consecuencia extraería el primo Arturo de esta noticia. Pero Arturo dijo que iba a quedarse y entró sin más resistencia ya por parte de Matildina que, en funciones de ama de casa, le acompañó hasta la habitación que le reservaban.

Su habitación, como todas las de la casa, era triste, pues sólo por unas altas ventanas entraba allí la luz. Arturo, que ya sabía este detalle, debía haberlo olvidado, ya que se sentía ahora verdaderamente molesto en esa prisión, pues como tal juzgaba su alcoba. Era realmente estúpido haber cedido a los ruegos de sus tías. Pero, muy insistentemente, le habían pedido que se fuese a vivir con ellas, aunque no estuviese allí más que algunos ratos para compartir sus tristezas, o más bien, según ellas decían, para ahuyentar esta, para hacer menos amargo el trance en que se veían de estar obligadas a vivir en compañía del *sobrino* Leopoldo, el *espantajo* como Carmen y Carmiña le llamaban entre ellas cuando se encontraban en su habitación privada, nombrándole con odio, entre rezos o entre sorbo y sorbo de café con leche, y con este adjetivo denigrante querían expresar todo su inmenso desprecio hacia el falso sobrino que desdoraba aun más el ya perdido esplendor de la familia con sus ridiculeces, y rompía a la vez los severos principios en los cuales ellas habían sido educadas, ya que Leopoldo, según opinaban las tías, daba a sus hijos una educación demasiado *moderna.*

Arturo presentía las interminables disputas entre Carmiña y Leopoldo rebosantes de palabras agrias y mal intencionadas y acompañadas del silencio frío de Carmen y Asunción, que apoyaban respectivamente con su actitud hermética a uno y otro contendiente. Era curiosa esa solidaridad que se establecía entre madre e hija por un lado, y el matrimonio por otro, pues existía la particularidad de que ambas partes libraban luego entre sí terribles luchas internas, como los fascismos, amigos por las circunstancias, por la comunidad de origen y de fines, celebran sórdidas batallas que han de salir al fin a la luz un día.

¿Por qué estaba él allí? Detestaba todas esas absurdas complicaciones familiares. Hacía años que vivía separado de ellas y ahora, al fin, atraído más que por la piedad hacia las viejas tías, por una compleja simpatía hacia esos muebles y retratos, que fuera ya de su tiempo y su lugar, habían ido a parar a casa de Leopoldo y a él le recordaban tardes melancólicas plenas de esperanzas adolescentes, había accedido a tomar una habitación en la poblada casa de su primo pensando, además, que de este modo podría ayudar algo a sus necesitados parientes.

Matildina había ido y venido trayendo agua y ropas limpias y ahora al fin, discreta y trabajadora, permanecía perdida en la penumbra de la cocina que se encontraba al final del estrecho pasillo. Arturo, una vez que se hubo desprendido de sus polvorientas ropas, hubo dejado en un rincón el fusil y pudo lavarse, aunque no fuese muy cómodamente, le pareció dejar en el suelo su falsa personalidad y recobrar su espíritu verdadero. Y ahora le parecía aun más extraña la mascarada que se agitaba en torno suyo, en las calles mismas que pronto iba a pisar de nuevo. Y pensando en la calle acordóse de algo pintoresco que le hizo sonreír. Una vez que se hubo arreglado y que colocó en orden sobre la mesa los pequeños objetos de su uso particular, salió Arturo de su habitación y dirigióse al comedor, a la amplia sala que era también biblioteca, campo de futbol, ring de boxeo y urinario para los pequeños e incontrolados hijitos de Leopoldo, *el Magnífico* como un día dijo tía Carmen con frase feliz comentando las excentricidades de su sobrino.

Pero la verdaderamente magnífica era la tía Carmen que había gastado una fortuna en su matrimonio con «el artista», había viajado por Italia, se había aburrido en Matanzas y había bailado y brillado en la cubierta del «María Cristina»; la tía Carmen aficionada al canto, con sus gruesos tobillos que fueron el tormento de su dorada juventud, reducida hoy a los placeres pequeños, tales como el uso desmesurado del azúcar, la música de Chopin y el «tute» de ocho cartas. La tía Carmen cuyo triste destino había sido el separarse de sus hijos y de toda su familia más querida, pues tenía una hija en China, un marido huído en los Estados Unidos y un hijo comerciante en la Habana, y su hermosa hija menor, un prodigio de belleza, había muerto prematuramente, por

los años de la Gran Guerra, y en silencio se decía que había muerto de un modo escandaloso, repudiada por el marido, el rico indiano. Había muerto y frente a tía Carmen estaba siempre su retrato dulce, melancólico, anunciando el desenlace final, las orgías, la vergüenza y por fin, precipitadamente, la muerte con cadencias de artista del cinema italiano. Lánguida y desesperada ingería la dosis de cianuro contenida en el breve estuche de una sortija, de una joya maléfica que ostentaba misteriosamente en el retrato, como queriéndonos decir que guardaba un secreto y que arrastraba ya en vida su trágica muerte, muerte que parecía también prendida a las suaves alas de su inmenso sombrero, a su pamela romántica.

La tía Carmen no era muy religiosa en el fondo, según decía su hija Carmiña, su hija mayor, ya vieja, que separada de su marido —el marino portugués— hacía años que compartía con su madre el hastío y la vergüenza, las locas esperanzas de los que han conocido mejores tiempos y sueñan con su pasado, engrandecido en la imaginación. Tía Carmen, además, no era buena. Así lo aseguraba Carmiña en sus arranques de histerismo tan frecuentes. El suicidio de la hija menor fué tan sólo un castigo del cielo, afirmaba ella con frecuencia, y al decir esto sus ojos brillaban extrañamente. Ella, la hija mayor, despreciada siempre por la madre, le había anunciado esta muerte, y ahora anunciaba con frecuencia nuevas catástrofes, pues el cielo estaba con ella y se cuidaba de vengarla. Y puesta ya en el camino de la furia contaba a las curiosas beatas que su madre era una víbora, sí, una víbora que había derrochado con un sinvergüenza el dinero de todos sus hijos, que dejara al morir su padre el grueso Fontana, magistrado de severas ideas morales. Y la severidad de Fontana podía deducirse de su cercanía a esos gruesos tomos de Leyes en los cuales apoyaba la mano en el retrato amarillento, terrible, en el que lucía su toga, símbolo de la justicia infalible. Este retrato tenía una inscripción al pie que decía: «Habana, 1885». La comprensiva vecina escuchaba con avidez todos estos detalles y si bien se aburría algo cuando Carmiña insistía en que su padre era magistrado de la Audiencia de la Habana, recalcando la importancia del cargo, se impresionaba sin embargo, y asomaba entonces a sus gastados labios una sonrisa de placer cuando Carmiña repetía que había derrochado el

dinero con un artista, con un sujeto del cual se encaprichó y al que hizo su marido poco tiempo después de quedar viuda, cuando aun era joven. Y es preciso decir que estas confidencias, que tan poco favorecían en el sentir de las tales vecinas a la reputación de tía Carmen, eran, sin embargo, la causa de qué éstas, lo mismo que las porteras de todas las numerosas casas en las cuales vivieron durante los últimos años, extremasen con ellas la finura de sus maneras y su diligencia para hacerlas algún pequeño favor, mas este respeto que inspiraban las viejas no se basaba tan sólo en el conocimiento de su grandioso pasado, sino también en algo impalpable que movía a la reverencia y que parecía desprenderse de las dos enlutadas señoras cuando en la calle, al pasar, parecían completamente hermanadas, pues el hábito de sociedad, de disimulo, venía en ellos al rencor si saludaban a alguien con una ligera inclinación de cabeza a la que acompañaba en algunos casos una convencional y lenta sonrisa, que por ser siempre la misma resultaba en extremo amable para los desconocidos, pero fría y formularia para los que pretendían tener una amistad mayor con las dos señoras venidas a menos.

Desde el centro del comedor, Arturo contemplaba el artefacto ridículo cuyo recuerdo antes le había hecho sonreír. Era éste algo bien simple: una escalerilla fabricada por Leopoldo con tablas viejas, pues el *Magnífico,* pese a sus pruritos aristocráticos poseía ante todo una formidable habilidad manual, que él utilizaba cuando llegaba el caso, aunque sin enorgullecerse de esta virtud, ansioso de que se le reconociesen cualidades más altas. Con esta escalerilla el comedor antes cegado, de espaldas al bullicio y animación de la calle, era convertido en espléndido observatorio. La escalerilla terminaba en una base suficientemente amplia para que se pudiera colocar allí una silla desde la cual, sentadas en ella, tía Carmen o Asunción podían repasar la ropa gozando al mismo tiempo de una vista exterior antes imposible. La escalera en sí, después de todo, no tenía nada de extraño, mas sí los sudores, disputas, sonrisas, disimulos y bromas a que daba lugar el uso de la escalerilla. Pero lo más amargo fué la fabricación de la misma. Tía Carmen y Asunción dirigían despreciativas sonrisas al afanado Leopoldo, que en mangas de camisa claveteaba y aserraba insistentemente dirigiéndole duras frases so pre-

texto de que les molestaba el ruido de los martillazos que estaban obligadas a soportar por «una tontería de las suyas». Pero una vez finalizado el trabajo y adosada la escalera portátil, con su plataforma, al muro, después que hubieron subido los niños que pugnaban todos por ascender los primeros, Asunción y hasta tía Carmen, arrastradas por el entusiasmo general iniciaron, al principio con torcidas sonrisas y luego ya más decididamente, la breve ascensión que culminaba en la observación de los tejados solitarios y de la calle allá abajo.

Arturo se encontraba fatigado. Eran muchos los recuerdos que pasaban por su imaginación rozándole el alma desde que llegara a Madrid. Antes de salir de nuevo, se dispuso a descansar unos minutos y tumbóse en el diván mugriento que de noche servía también de cama para dos de los más pequeños hijos de Leopoldo y Asunción. Arturo contemplaba con ojos vivos todos los objetos que reposaban en la silenciosa sala e iba desentrañando el significado, la callada palabra que escondía cada uno. Poco tiempo después los retratos disimularían su voz, pues la sala habría de convertirse en campo de batalla y el bullicio llenaría todos los rincones.

Encima del estante que hacía de librería permanecían fijas, mudas, curiosamente animadas las figurillas de bronce que tantas vagas inquietudes, tantas bobas preguntas habíanle despertado en los años no muy lejanos de su adolescencia. Especialmente le llamó en otro tiempo la atención ese grupo de diminutos soldados que con aire humorístico levantaban una pierna con brío de marcha. Eran toscos soldados campesinos, torpes y graciosos o al menos así los vió el artista que trabajara esta pequeña escultura. Todas las figuras estaban alineadas y solo una, la que estaba situada en un extremo, sobresalía destacando del conjunto. También estaba sobre la tabla de las maravillas el viejo reloj de mesa del abuelo con su tic-tac remoto, presente aquí, el reloj oscuro y noble, dieciochesco, con sus patas retorcidas y su esfera amplia como el vientre expresivo de la felicidad burguesa. Y allí estaban los retratos: la bisabuela, fea y antiquísima, oscura, con sus trenzas de india y su rostro grave; cruel, de española antigua, mostrando un *aire*, una realidad histórica superior a toda fantasía. Y el abuelo, el viejo coronel de barbas

blancas, siempre erguido, marcial y caballero. Y los retratos de la hija casada, Aurora, con sus perros y la numerosa familia de su esposo en su espléndida casa de campo. Y la otra hija, aquella que no podía nombrarse, la muerta, bella y blanca como un cisne, con un pecho casi al desnudo dejando también aquí eternizado su insaciable afán de otros mundos. Y al lado de éste, otro retrato de la misma persona, vestida de cazadora, virginal, cuando era casi una niña, cuando aun no conocía el lujo desenfrenado ni los placeres que conducen a la muerte. Ahí estaba ignorante aun de su triste destino. También estaban los retratos de los nietecillos de tía Carmen, en sus pequeños coches con sus padres al lado que, tristemente, parecían mostrar el fruto de sus amores. En este retrato el hijo de la Habana, el activo Juan, que lucía sombrero de paja y un traje a cuadros comprado en Nueva York, parecía resignado ante el pensamiento de que un hijo, una eventualidad, haciendo más firmes los lazos familiares, puede a un hombre estimularle en el trabajo, pero cortarle tal vez alas. En todo caso en este retrato algo extraño percibíase que tenía su origen sin duda en el contraste formado por la personalidad de Juan, el incansable batallador que todo lo sacrificaba a los negocios, y esa caída a la blanda humanidad, a la paternidad, la cual, allí en el retrato se veía bien claro, no tenía nada que ver con el mundo del dólar.

Los hijos americanizados, mercantiles, estaban allí al lado de los antepasados, caballeros de otro tiempo, y al lado de sus mujeres vestidas con finos encajes, teñidas de suave color en los esmaltes. Allí estaban las muchachas remotas y bellas, tristes, mortecinas, sabiendo su fin. Y aun Carmiña hacia 1900, como un flor, llena de bordados, triunfadora en los bailes, despertando pasiones, pero ya histérica, con llamas en sus ojos, con furia que contenía entonces el amor.

Arturo soñaba contemplando estos retratos y viejos objetos por él tan admirados diez años antes. Parecióle entonces retroceder a aquella época y verse como ahora, tumbado en un diván, dormitando, envuelto en vagas fantasías, rodeado de todos esos espectros y hablando con las señoras como si las hiciese compañía, pero en realidad a solas consigo mismo, de cara al porvenir, amplísimo e indefinido entonces según él imaginaba. Gustábale a Arturo hablar muy formalmente con sus tías porque

ellas, por bondad o tal vez por aburrimiento, le daban ocasión, escuchándole sin impaciencia, a que él volcase el carro de sus ilusiones, desmenuzando su porvenir sobre el tapete de la camilla al tiempo que hacía algunas reservas sobre sus triunfos futuros para así hacer más firme, más fácil de creer el mínimo de éxitos que estaba seguro de lograr, según aseguraba. Y hacía entonces narración detallada de sus miserias presentes, pero esto no importaba, el porvenir era suyo. Con estas tías bondadosas ya no se sentía él pobre huérfano humillado, sino luciente cerebro, alma libre, hombre excepcional, en una palabra. Arturo hablaba luego con alguna reserva de sus novias, sin aparentar rubor ni inquietud, pero bien claramente se advertía que la emoción juvenil desbordaba su máscara de gravedad, su ridícula pedantería adolescente. A veces nombraba a una muchacha conocida de las tías con fingida indiferencia pensando que ellas responderían con naturalidad a su pregunta, pero entonces las tías, y especialmente Carmiña, rompiendo esa seriedad que caracterizaba las relaciones de ellas con su sobrino, sonreían de un modo malicioso que ofendía a Arturo grandemente. Su prima Carmiña (pues la que él llamaba tía debido a la gran diferencia de edad que los separaba, era realmente una prima) se excusaba y quedaba pronto acabada la cuestión.

En aquella época, cuando aun las viejas tías de Arturo mantenían, aunque arruinada, una casa, gustaban mucho de preparar cenas o meriendas extraordinarias, escogiendo desde dos o tres días antes los víveres oportunos y luego en silencio, con todas las luces del comedor encendidas, tías y sobrino comían gustosamente, aunque decepcionados porque una auténtica alegría, un motivo de regocijo más hondo, no acompañase al contento de comer. Sólo Arturo se libraba en parte de esta angustia propia de las fiestas tristes, recordando que su felicidad del momento presente se hacía firme por una felicidad próxima que esperaba, por alguna esperanza cuya realización situaba algunos meses más tarde y por otra felicidad más remota e inabarcable que comprendía todo su porvenir. De este modo, podía repetirse ya mecánicamente: «Ahora tengo esta pequeña alegría, mísera en sí pero realzada por tal o cual cosa que espero, y esta a su vez queda consolidada por la otra esperanza más lejana».

Vivían entonces las tías de Arturo en un hotelito de las afueras de Madrid, con un minúsculo jardín, en una casa amplia donde podía encerrarse la grandeza de otros tiempos atenida a las modestas circunstancias del momento. Ellas, comparando su vida presente con la pasada, añoraban cada día los perdidos salones, las fiestas y los veraneos en Estoril, la sociedad, en fin, para la cual habían vivido. Pensaban a veces que una circunstancia imprevista, tal como la llegada del hijo comerciante que viniese a establecerse en España o la vuelta del marido fugitivo que retornase al fin, rico y arrepentido, podría hacer cambiar el rumbo de su vida devolviéndoles la comodidad y el lujo, al que acompaña siempre ese ambiente de respeto, de delicadeza en el cual ellas se habían criado. Nadie puede imaginarse lo que hubieran ellas pensado de haber previsto que diez años más tarde iban a encontrarse como ahora se encontraban hundidas, forzadas a admitir la hospitalidad que les brindaba Leopoldo *El Magnífico* y teniendo que aguantar las groserías de sus niños, «criados en el arroyo», y las miserias propias del hogar de un funcionario que en veinte años de asistencia puntual a un Ministerio no había logrado pasar de oficial segundo ganando sólo sesenta duros Nadie podía prever tampoco la suerte, más negra aún, que el destino les reservaba y el trágico fin de Carmiña algunos meses más tarde de la época en que sucede la primera parte de esta verídica narración.

El *espantajo* parecía a veces querer ignorar el hambre de sus hijos, prisionero de sus sueños de grandeza, pero acuciado por Asunción, al fin un día resolvíase a tomar decisiones heroicas, ridículas, graciosas, para allegar dinero a su necesitada familia. No tomaba casi nunca Leopoldo, pese a lo grave del problema, ese aire macabro propio de los *sablistas,* Al contrario, él siempre pedía dinero como si no lo pidiese y luego, sonriente, orgulloso de su ingenio, planeaba un negocio *infalible* para ganar muchos billetes. Asunción ya escarmentada por el resultado de otros negocios análogos se echaba las manos a la cabeza y rechazaba en redondo el dar su consentimiento para que él cometiese nuevos disparates. Más el negocio se hacía al fin y fracasaba. Meses más tarde, sin embargo, con la sonrisa del pudor, con entusiasmo contenido, se decidía Leopoldo a exponer a Asunción, en la intimidad de su alcoba, el nuevo

plan, y la historia se repetía. Era curioso ver como ella, que era una mujer razonable en extremo, aunque ante él hiciese todo género de protestas y llegase hasta insultarle, luego debido sin duda al gran cariño que le profesaba, dejábase convencer en cierto modo, y hablando con extraños o incrédulos defendía con cierto ardor, y con irritación por el escepticismo sobre todo, la posibilidad de éxito del negocio planeado por Leopoldo.

Arturo recordaba bien el día en que habíase decidido poner en práctica una nueva y original manera de ganar dinero fácilmente. Se trataba de la fabricación de unos gorros de cartón, gorritos de indio, que habían de venderse en las verbenas. Leopoldo había estudiado concienzudamente el problema y había llegado a números y conclusiones verdaderamente tentadores. Aunque decía que era conveniente no difundir mucho la idea, él la exponía a todo el que quería oírle, detallando como habría de hacerse la fabricación casera de los gorros, la cual sera así: Las planchas de cartón que habrían de comprarse se harían cortar en tiras del ancho de dos dedos y luego habría que cortar unas flechas, tres para cada gorro, que «constaban de la parte oculta y la flecha propiamente dicha», la parte oculta o sea el rabo de la flecha que imitaba una pluma, se había de pegar con cola a la tira de cartón.

Fué emocionante ver a los niños mayores, alegres al principio y fatigados luego, ayudando a sus padres en la monótona tarea de forrar con papeles de colores las tiras de cartón y las plumas, y a fijar estas a aquéllas, poniendo finalmente el alfiler que hacía de broche con lo cual el gorro quedaba terminado. Leopoldo había ya perdido su ardiente y primer entusiasmo, pero aun sonreía si se veía sorprendido en su tarea por algún extraño pretendiendo hacer creer que el trabajo que realizaba era más bien una pillería, una prueba de su talento —y el talento se nota sobre todo en la solución de problemas simples— puesto al servicio de una necesidad, urgente necesidad, es cierto, pero insignificante en el fondo. Pero lo más triste fué luego ver a los niños acompañados por su padre y aun por Asunción el día de la verbena, una noche fría y desolada, que deslucía el brillo de los puestos desiertos y hacía inútiles las luces azules y rojizas que anunciaban la entrada al recinto de los monstruos. Los niños mayores ofrecían tímidamente los gorros y no lo-

graron vender sino una docena escasa. Leopoldo no se desanimó por esto el primer día y aconsejó retirarse a casa para volver en tiempo más propicio. Pero en los días sucesivos decayó aun más el entusiasmo de los improvisados vendedores de gorritos de indio y al fin la mayor parte de estos, almacenados, constituyeron base de nuevas ilusiones para Leopoldo pues pensaba endosárselos a algún ignorante.

Durante varios meses los hijos de Leopoldo dispusieron de gorros de indio a discreción, ya que Leopoldo después de entregar a cada niño uno, escondió los demás avaramente y amenazaba con graves castigos a los que osasen abrir el armario en que los guardaba extendidos unos sobre otros (esta era la mayor ventaja de estos gorros pues resultaban fácilmente transportables) pero poco a poco fué aflojando la severidad de sus medidas hasta que vió impasible, con melancólica mirada, los que fueron bonitos y sencillos gorros destinados a adornar tantas cabezas tirados ahora por el suelo, rotos, despreciados hasta por los más pequeños de sus hambrientos hijos.

Recordaba ahora Arturo viendo el claro cielo a través de la ventana, las tardes lentas, blancas y azules, pasadas en el diminuto jardín del hotel de sus tías o en la terraza, esperando la hora de cenar al aire libre con un contento indefinible e injustificado, y parecíales sentir la tierna belleza de las flores recién regadas en primavera y su imperceptible vibrar, su amplio horizonte contenido en breve espacio. Era Carmiña quien cuidaba estas flores convirtiendo su secreto en algo familiar. Y Carmiña misma tocaba luego el piano, llenando las paredes de tiernas melodías. Arturo fundía indeciblemente la música con sus ensueños. La música era como su cuerpo flotante, era su alma vagabunda, era una nube, pero dentro quedaba una firme arquitectura, un nervio que hacía de la música un prodigio casi sobrenatural.

Carmiña gustaba de hacerse rogar, alegando siempre que ella no era una profesional y que sólo como lujo, para recreo de su padre, había aprendido este arte. Su repertorio era bastante amplio, y justo es decir que si no la acometían «manías» tocaba bastante bien: Chopin, Listz, Beethoven, Debussy. El gusto de Arturo iba cambiando por temporadas oyendo con más atención ésta o aquélla pieza, éste o aquél autor, el cual

expresaba en determinado momento el estado de su alma, sus nobles deseos, sus ensueños poéticos. La imagen, la ilusión que había acompañado un día a determinado trozo musical no se perdía para siempre, sino que se repetía cada vez que escuchaba ese trozo. Sólo algunas malas músicas evocaban un sueño que no quería ser recordado y como a pesar de todo al escucharlas se reproducía la imagen de la cual ya estaba hastiado por resultarle esta fantasía pobre o falsa, venía a suceder que detestaba entonces la tal pieza y la escuchaba ahora sólo con impaciencia. Los muebles, los cuadros, las sillas y retratos del salón eran siempre los mismos y permanecían siempre en su puesto, pero unas veces parecían traspasados por la gravedad romántica de las «Sonatas» de Beethoven y otras por la gracia saltarina, por la alegría sutil de Mozart.

A veces determinadas músicas parecían ser su propio porvenir o su inevitable fracaso, la miseria, que también es grandeza; pero más frecuentemente eran un dulce amor lejano o una triste sonrisa, esa pena propia del alma atravesada por dura espina, por un compromiso de honor tal vez. Era un vestido blanco y unos hombros esquivos. Era *ella*, enamorada, altiva, pronta a las lágrimas, a la muerte, al perdón inacabable.

Pero lo más extraño de sus pensamientos sugeridos al calor de la música eran despertados con aquellas piezas que *entraban* en los dos cuadritos principales que adornaban la sala. Eran esos mismos cuadros que hoy llorando su penuria, traídos y llevados, descansaban en los muros de la arruinada casa de Leopoldo, hablándole a él, que era el único ser de la familia que había sabido comprenderlos. Eran dos marinas, una amarillenta. «Amanecer», y otra, «Crepúsculo», rojiza. Ambos cuadros eran reposados, de encendido fervor. Ahora estos cuadritos que antes asistían a veladas evocadoras y sensibles, en las que parecía sentirse el aletear de amores y nostalgias o arrebatos, presenciaban tan sólo ásperas disputas y violentos juegos de niños mal educados. Estaban ahora allí callados, enmohecidos. Estaban de nuevo frente a Arturo justamente colgados sobre el muro en el cual se apoyaba la breve escalerilla que daba subida al ingenioso observatorio.

Con estos cuadros habíale sucedido a Arturo en otro tiempo lo mismo que con algunas piezas musicales, que habiéndole gustado antes mu-

cho y después de llenarle el alma durante un cierto tiempo, después de haberlas juzgado sabias e inspiradas, más tarde llegaron a hastiarle, cuando se puso de relieve el truco, la falsedad y el engolamiento que encerraban, fingiendo delicadeza o ternura, sutileza imposible. Así le pasó con muchas piezas de Listz, por ejemplo, y en cambio otras que antes resbalaban por su alma y él las consideraba un tanto oscuras y sin misterio, iban poco a poco revelando su hondura inacabable o el punto remoto de inspiración, de busca, de presagio, al cual aludía la vibración de ciertas frases, y esto por ejemplo le sucedió con Debussy en general. Igualmente el cuadrito titulado «Amanecer», que al principio le impresionó por su claro esplendor fué luego pareciéndole fácil, falso, convencional, con ese tono pobre, propio de lo que pretende ser alegre y elevado sin llegar a serlo. En cambio «Crepúsculo» era un cuadro malo tal vez, según hoy le parecía a Arturo, pero en extremo sorprendente. Un vaho de muerte lenta, de cansancio o sueño, envolvía el agua y las frágiles barcas casi invisibles; un rojizo amor caía del cielo y hacía grave y esencial, incomprensible, fuera ya del alma, el misterio de la tarde. Cómo en algunos cuadros de Lorena, las sombras igual que la luz tenían esa dulce indecisión propia del alma que se contempla a sí misma en las tardes melancólicas, cuando se borra la noción de que eso está ahí y esto otro allá, y rotos los hilos de esa mentirosa atención que finge una clara apariencia, rotos los hilos que unen el alma con el mundo, no se sabe donde acaba una substancia y donde empieza la otra.

Los nocturnos de Debussy, sus sueños, el agua de sus catedrales, estaban allí vivos en imperceptibles olas, reposando en las barcas, perdiéndose en tristezas, y el crepúsculo que envolvía los frágiles mástiles, más visibles de lo que pudiera haberse pensado, estaba siempre ahí con su perenne secreto, sugiriendo un canto que podía ser entonado eternamente.

Arturo pensaba ahora en su tía Josefina muerta pocos años antes de la época que ahora estaba evocando. La recordaba delgada, nerviosa, con su vibrante moño y su esquelética furia, con su tierno y disimulado amor de madre.

Arturo cuando quedó huérfano, había venido desde una provincia a casa de sus rancias tías, a casa de tía Carmen, la hermana de su di-

funto padre que vivía, como ya hemos dicho, en un hotelito primoroso de las afueras de Madrid rodeado de jazmines. La casa era grande y estaba habitada antes de su llegada tan sólo por las viejas señoras, pues pasaban la mayor parte del año sin criada, ya que a la sazón comenzaba a hacer crisis su época de penurias, y vivían casi únicamente con la pensión que les pasaba regularmente Juanito, el negociante de la Habana y alguna otra vez, aunque muy raramente, el fugitivo marido de tía Carmen, perdido por tierras de América.

Con tía Carmen vivía ya entonces su hija Carmiña, sólo diez y siete años menor que ésta, recién separada de su marido, el altivo almirante de la Armada portuguesa que enviaba para el sostenimiento de su histérica esposa, mensualmente y con rigurosa exactitud, millares de *reis* que servían luego para poder adquirir con cierta frecuencia los postres de repostería a los que eran muy aficionadas las viejas señoras. Y era por entonces cuando formaba también parte de la familia tía Josefina, idéntica en muchos aspectos a su hermana Carmen, que era la mayor superviviente de la casa Saavedra-Togores. Pero algo enigmático, un imperativo, un tormento, actuaba en la vida de Josefina, despierta y viva como una ardilla. Mientras tía Carmen se abandonaba más fácilmente a la desesperación y a la melancolía que le producía el considerar su presente estado o gozaba infantilmente con alguna amenidad o con alguna compañía que le hacía revivir sus tiempos dorados, los tiempos de su vida de sociedad, cuando ella triunfaba con su voz y su belleza pese a sus gruesos tobillos, mientras tía Carmen, en suma, vegetaba en el presente, con su alma abierta sobre todo a los recuerdos, perdida en confusos sentimentalismos y añoranzas, tía Josefina en cambio conociendo, habiendo vivido también todo ese gastado mundo, era más humana, más comprensiva y realista en sus visiones. En ella apenas podía adivinarse su pasado, fuera de cuando estaba en casa de tía Carmen, y su habitual gesto agrio, que dejaba traslucir con frecuencia una tierna piedad, un hondo sentido maternal, o su sonrisa burlona, le daban un aire inteligente, un aspecto de *enterarse* del cual carecía en absoluto tía Carmen. Más en cambio al lado de tía Carmen, frente a los retratos y figurillas, de los cuales se quitaba entonces el polvo cada día cuidadosamente, tía Josefina pese a sus sesenta años (aunque diríase que tenía

diez menos) incapaz de rebelarse, se amoldaba como soltera pudorosa al rigor y al estilo de la familia. Tía Josefina, es preciso decirlo, era soltera. «Yo nunca me casé», le oyó decir un día Arturo con extraño rubor y torcida sonrisa respondiendo a una indiscreta pregunta, y el tono con que lo dijo hacía pensar que escondía algo, pues recordaba por igual la mueca del cinismo que el candor de una doncella.

Tía Josefina hacía salidas misteriosas de las cuales apenas se hacía mención, deliberadamente, en casa de tía Carmen.

No lejos del hotelito en cuestión, santuario entonces de todos los Saavedra, adonde había venido un par de años antes el hijo ricachón con sus dos hijitas, su opulenta esposa y la criada negra, no lejos de la hermética severidad que conservaba aun entonces la casa de tía Carmen, vivía Leopoldo en un hotelito mucho más modesto, ya al borde del campo. Leopoldo tenía entonces sólo dos hijos y por ese tiempo le nacía el tercero. Otro desgraciado al mundo, como decía tía Carmen, y lo peor fué que a partir de entonces, casi cada año, fué dando al mundo Asunción nuevos desgraciados. La familia de Leopoldo vivía entonces ya muy modestamente, con escasez rayana en la miseria. Por indicación de tía Carmen, Arturo no visitaba demasiado la casa de Leopoldo, a la cual en cambio, era casi diaria la visita de tía Josefina, y muchas veces al venir de la Escuela pudo sorprenderla Arturo camino de la casa del joven matrimonio portadora, casi a escondidas, de algunos víveres que había comprado con sus modestos ahorros, pues como soltera e hija de militar ella gozaba de una exigua pensión.

Tía Carmen en presencia de Josefina procuraba no nombrar a Leopoldo, pero sí nombraba en cambio con frecuencia a Asunción, la mujer de éste, por la cual ella sentía bastante simpatía. Cuando faltaba Josefina, en cambio, tía Carmen vertía en duros conceptos todo el desprecio que le inspiraba Leopoldo con sus risibles manías de grandeza, toda la rabia que sentía por la estupidez del *espantajo*.

Más aún en presencia de Josefina, aprovechando alguna ocasión propicia o con motivo de alguna nueva botaratada del odiado pariente, tía Carmen y sobre todo Carmiña se desataban en apóstrofes contra el majadero y no era entonces difícil advertir que Josefina, que callaba e incluso añadía nuevos insultos a los que lanzaba tía Carmen por explo-

siones, como si hubiera contenido durante mucho tiempo su deseo de expansionarse de esta manera, en el fondo sufría, resignada por fuerza a escuchar los ataques y las injusticias volcados sobre un ser querido por ella. Impotencia doble la suya, pues ella no creía tener mejor concepto del sujeto, pero sentía que algo íntimo suyo era rozado cuando oía así menospreciar al *Magnífico*.

A la muerte de tía Josefina, ocurrida poco después, inesperadamente, se disipó el secreto que para Arturo envolvía la relación de ésta con Leopoldo y su familia. La misma Carmiña en un arranque de furia contra su madre, en un arrebato de los que sufría muy frecuentemente, hizo extensivo su rencor a la difunta tía y lo contó todo: Josefina era, como podía suponerse, la madre de Leopoldo. Josefina había sido en otro tiempo el escándalo de la familia.

Treinta años antes visitaba mucho la casa de los Saavedra Togores, entonces en todo su esplendor, un lejano y aristocrático pariente, el duque de A. Josefina tuvo amores con este caballero, y de esos amores nació Leopoldo. El duque había atendido a las necesidades del niño durante los primeros años de la existencia de éste, más luego murió cuando el hijo era aun muy muchacho y la vida se hizo dura para Leopoldo. El fruto del pecado de tía Josefina no era reconocido y menos admitido en casa del honorable coronel, y el muchacho crióse en colegios, en tristes internados en los cuales él, sin embargo, se ingeniaba para gozar de la vida. La mujer del duque, pues este era casado, había cortado toda relación con los Saavedra como represalia contra la debilidad de Josefina, pero los padres de tía Carmen habían ido olvidando la desgracia al pasar los años y el percance además no fué conocido sino por un corto número de miembros de la familia. Josefina había vivido gran parte de su juventud, siendo ya madre, teniendo que ocultar sus ternezas, pues matenía una relación semiclandestina con su hijo. Ella, que era un firme carácter, una buena mujer nacida sin duda para el hogar, tenía que fingir a veces sosteniendo la mentira de su celibato. Aceptaba como una fatalidad su desgracia, su castigo que arrastró durante toda la vida, y pese a la independencia de su carácter, ligada aun a la tradición de los Saavedra y ligada además ahora a su hermana Carmen, algo mayor que ella, por un sincero cariño, aguantaba pacientemente o con oculta vergüenza,

con ira contenida, los insultos dirigidos a su hijo querido, querido a su pesar, según ella le decía a él mismo.

El silencio guardado en casa de su hermana se resolvía luego frente a su hijo en insultos propios y en desprecios violentos, en repentinas furias contra Leopoldo que con sus bobadas hacía cada día más hondo el abismo que parecía separarle de su hermana. Leopoldo aguantaba con humildad estos insultos, burlándose luego con su mujer —grave ante el mundo y sonriente y tierna con su esposo al cual amaba como nunca ha sido amado un espantajo— de la nerviosidad de «tía Josefina» como él se había acostumbrado a llamarla, e imitando la catarata de erres que salía de su garganta cuando estaba furiosa contra él, y ya por costumbre habitualmente al hablarle, la llamaban *re-bam-ba-ram-ba.* Más él sabía bien que ella era buena y que muchas veces llegaba a carecer de lo indispensable para poder comprar unos zapatos a alguno de sus nietos u ofrecerles un día un paquete lleno de golosinas.

Tía Josefina, vista en el hogar de tía Carmen, no dejaba sospechar el drama sentimental que arrastraba consigo. Podría haberse pensado que lo de la aventura con el duque fué tan sólo una pesadilla, la consecuencia de su humana debilidad, pero que ella, salvada esta mancha de su vida, era en todo lo demás una digna Saavedra que participaba de todos los recuerdos, orgullos y bondades de tía Carmen.

Tenían ambas hermanas la costumbre de rezar el rosario y esta costumbre era una verdadera necesidad sobre todo para Carmiña, así es que durante los dos años que Arturo vivió con ellas lo rezaron cada noche con firme devoción al principio, pero con precipitada impaciencia fruto de la fatiga ya al final, pues es preciso decir que al rosario común añadían las viejas Saavedra por devoción singular unos cuantos Padre Nuestros y Avemarías más de regalo. Sin duda había sucedido que alguna beata de la familia introdujo alguna vez esta costumbre, y luego ya las respetuosas señoras no se atrevieron a regatear esta propina a sus difuntos.

El fervor religiosos, o más bien la sistematización monótona de la fé que era para ellas el rosario, podía compararse más bein con otro fervor pagano y trivial pero igualmente importante en la vida de las viejas Saavedra. La vida de las señoras se centraba por esta época en

las veladas largas y silenciosas, y su pasión mayor podíamos asegurar que era la del juego de cartas, la del tute más exactamente, pues tía Carmen despreciaba cualquier otro juego de baraja que no fuese el tute. Si el rosario era para ellas como la condensación de sus dolores y recuerdos; aún jugado frecuentemente con aparente desgana y entre suspiros que parecían ir muy lejos, el tute era la demostración de que aun estaban vivas, de que aun tenían ante sí un tiempo a consumir y de que aun conservaban pasiones, fantasías y esperanzas. Y sin duda por esto se aferraban a él con gran ahinco, aunque lo disimulasen por pudor. Y sucedía entonces algo grotesco y diríamos que irreverente, pero humano al fin y al cabo, aunque triste, como es triste el interés mezclado a un amor o el hipo insistente unido al llanto. Era algo que ha hecho sonreír incrédulamente a algunas personas a quienes años más tarde Arturo contaba algo de la vida precaria y maravillosa de Carmen, Carmiña y Josefina.

Después de la cena, cada noche, según ya hemos indicado, comenzaba a rezarse en común el rosario, y una vez terminado éste, venía la sesión de piano a cargo de la hija visionaria. Para Arturo era esta la hora de las estampas y de los ensueños, y para Carmen y Josefina la hora del tute tan anhelado. Era este el momento en que se borraban los grandes y humanos rencores, cuando tía Carmen no hostigaba con reticencias sobre la estupidez de su hijo a la soltera Josefina. Una rivalidad más noble, más de clara batalla se establecía entre ambas hermanas, ansiosas siempre de tomar una revancha de las derrotas sufridas la noche antes. Especialmente a tía Carmen, aunque disimulase su impaciencia con sonrisas que aludían a lo transitorio de las cosas mundanas, podía vérsela en extremo nerviosa momentos antes de empezar el juego si es que había perdido la noche anterior. La pérdida de un tute significaba una perra gorda que había que desembolsar e introducirla en una hucha destinada a la adquisición mensual de algunos décimos de lotería. Más a veces era tanta la impaciencia sentida por que llegase el momento de librar este combate de azar y previsiones, de agudezas, que aun no acabado el rosario, tía Carmen sin el menor asomo de sonrisa alargaba la mano y cogía de la mesilla la baraja envuelta siempre en el mismo papel de seda, que esperaba desde la noche antes ser mirada con

entusiasmo o decepción; y aun en días excepcionales, pero relativamente frecuentes, tía Carmen comenzaba a repartir las ocho cartas y a disimular su contento por las parejas de caballo y rey o por los ases que aprisionaba entre sus dedos, y aun entre Credos finales, dichos precipitadamente, aunque sin perder el soñoliento tono de humildad y súplica con que era rezado todo el rosario, *cantaba* las primeras bazas dirigiéndole a Josefina frías miradas triunfales como anunciándole una mala noche a su contrincante. Y Josefina entonces, cauta e infantil también en ese instante, sonreía segura de su fuerza, confiada en el poder del destino.

Arturo contemplaba ahora los muebles que Leopoldo había heredado de su madre y los que poseía también en calidad de préstamo pertenecientes a tía Carmen. Con ellos albergaba ahora Leopoldo a sus tías, las viejas enemigas, que se habían visto forzadas a aceptar esta ayuda, pues las pensiones que recibían se habían reducido a un mínimo durante los últimos tiempos. Aparte de que la hostilidad a Leopoldo *El Magnífico* era más bien nominal que positiva, y después de la desaparición de su hermana había sido tía Carmen la que substituyó a la madre en su papel de hada protectora aunque gruñona.

A tía Carmen sin embargo, no dejaba de indignarle sobremanera la *majadería* (ella daba a esta palabra un sentido especial haciendo más hondo su significado) de Leopoldo, y él por su parte aguantaba con estoicismo las críticas y sermones de sus ancianas protectoras, las tías ahora protegidas por él.

Cada una de las figurillas que aun quedaban milagrosamente intactas y lucían sobre la heredada mesa de despacho, situada también en el amplio comedor, así como los restos de las cortinas verdes y rojas con extraños dibujos que Arturo tan bien conocía y ahora deshechas y unidos los fragmentos formaban tapices que hacían de *señoriales* tapetes; los sillones desvencijados o los soportes de un estante, imponente intercolumnio hecho con los restos de un mueble definitivo, y ciertos vestigios de otros objetos conocidos por él en otro tiempo cuando aun estaban relativamente nuevos y conservaban más cálido el recuerdo de su antiguo brillo y ahora servían tan sólo para juego de los niños o para los usos más extraños, si no servían de inútil adorno, traían al cerebro y

al corazón de Arturo los días pasados de su encendida adolescencia; y en las arrugas de las gastadas maderas, en la muerta y caída purpurina o en la petrificada sonrisa de una estatuílla, sentía el candor de sus primeros besos y el fuego trastornador de sus primeros arrebatos eróticos. Sentía también el cielo purísimo de Madrid, sus disimuladas fantasías, la ilusión de un traje nuevo o de un sombrero de paja llevado caprichosamente a la mano en un día de Primavera que paseaba por las limpias y empedradas calles de la colonia de hotelitos donde estaba situada la casa de tía Carmen y parecíale percibir el cercano aroma de los jazmines y de las rosas amarillas y el color de las enredaderas que adornaban los balcones románticos.

En cada pequeño objeto veía Arturo su indecible pasado remoto ya como si fuera de otro, pero descubría a la vez huellas propias de la intimidad de la familia de Leopoldo hacinada en ese ático que sólo tenía una habitación hermosa. Y entonces pensaba Arturo en lo que él podía tener de común con Leopoldo *El Magnífico,* con su vida y su familia.

Indudablemente ese sello de deshecha grandeza que caracterizaba todo cuanto se relacionase con Leopoldo y que era ostensible hasta en los más pequeños detalles, por ejemplo en la corona ducal que ilegítimamente llevaba bordada en sus remendados calcetines, tenía su origen en la historia, en el *alma* de toda la familia Saavedra, sólo que Leopoldo tenía sus propios caminos interpretativos. En el carácter de Leopoldo influía no sólo la tradición el aire de la casa Saavedra-Togores, sino el peculiar carácter, realista y apasionado de Josefina, de su madre, y muy especialmente, y produciendo esto un complejo cuya consecuencia era el disparate y la locura, el origen bastardo de Leopoldo, su próximo y oculto parentesco con el duque de A., Leopoldo mantenía cierta relación con su hermano, el hijo legítimo del duque, desde después de la muerte del padre, relaciones al principio vergonzantes, pero que fueron convirtiéndose poco a poco en motivo de orgullo y que decidieron la altura de miras, la grandeza, la caballerosidad que animaba la vida de Leopoldo, pero dada la estrechez del medio en que vivía, estas ideas fueron convirtiéndose poco a poco en ese absurdo tradicionalismo político que antes de la guerra se cobijaba en pisos baratos. Más esta rama de la cual procedía Leopoldo no había influído sino desde lejos en su vida, aparte

de haberle transmitido el mensaje vivo, pero sordo sin duda, de la sangre. Lo interesante para Arturo era observar que en Leopoldo la esencia de su vida provenía de ese *alma* de la casa Saavedra, y aun más de una palabra, de una actitud truncada propia del que añora la grandeza y vive de recuerdos, propio de los fracasados. Las palabras *señorío, caballerosidad,* era frecuente oírlas en la familia. Ahora bien, Leopoldo, sin quererlo ni pensarlo, sin entusiasmarse por ello, se sentía igualmente heredero a su modo de esas tradiciones, de ese espíritu de la familia. Y esto era sorprendente, pues nada en apariencia más distinto que Leopoldo y Arturo.

Sólo ahondando en el saber de esos gastados objetos que impregnados ya del matiz espiritual característico de la familia se enlazaban al historial de ambas vidas, podía comprenderse la relación que unía a Leopoldo con Arturo. Eran como dos ramas diferentes en las cuales late parecida savia, como dos cachorros que salidos de la misma madre son sorprendentemente distintos, siendo gemelos, pues cada uno ha asimilado a su modo los jugos maternos y algo último, libre, que es sólo don de la naturaleza, puro albedrío, se manifiesta en ellos extrañamente.

Todos sabemos que la enfermiza y boba pasión de una madre por la poesía de Campoamor puede despertar en el hijo los sueños y aun las realidades de un verdadero poeta, y aun sin poesía, puede producir este milagro un simple gesto adivinado de dulzura. Pero también el cerebro prodigioso o el corazón angustiado de un sabio o de un artista puede servir tan sólo para que sus hijos, heredando a su modo las virtudes paternas, ostenten la seriedad y la estupidez del burro, o el comedimento más cortés e inhumano.

La misma fuerza ciega produce fenómenos distintos y Leopoldo era sin duda una consecuencia desgraciada, torpe y pintoresca, del alto espíritu vencido, del esplendente ocaso que era la gloria de los Saavedra.

Más justo es decir que los últimos desperdigados miembros de la familia que de uno u otro modo habían recibido influjo de la casa, eran ya en su mayoría seres desquiciados, realistas, como ellos decían, que parecían haber olvidado su origen. Sólo en detalles se advertía en ellos *algo* que revelaba el fondo maternal, primero, la base de donde salían algunos rasgos de su carácter; mas habría que emprender un abrupto

camino de elucubraciones para decir como el alma del viejo coronel, el caballero de barbas blancas; el bisabuelo de larga perilla, con la espada en la mano; la fría mirada de la bisabuela, de perfil indio, o el esplendor de los encajes de la época de oro, muerto ahora en los daguerreotipos, se transmitía a Juanito o Aurora, los hijos lejanos de tía Carmen e incluso a Elisa, la joven hija de Leopoldo con aire de taquimeca; y sin embargo es indudable que tanto en uno como en las otras las palabras, y sobre todo algo último e indecible, pero cierto, algo que era la base de sus almas, había que referirlo al viejo espíritu tradicional que alentaba también como poética nostalgia y rebeldía, como afán de grandeza moral, como anhelo de construcción y orden en el alma de Arturo, el miliciano que hoy dormitaba tumbado en el diván de casa de su primo, perdido en vagos pensamientos, y que sonreía una vez más contemplando, colgado sobre el muro el cartón con el mapa de España que había pertenecido a un calendario, y que ahora, libre ya de las hojas que el tiempo había arrancado, servía en casa de Leopoldo como un cuadrito más, como un adorno con significado patriótico y religioso, pues superfluamente, a un lado, cual lacito colgado en un ojal, había allí pegado un cromo con la imagen del Sagrado Corazón y unas tiras de papel de color cruzadas que formaban la bandera monárquica, o más bien lo que ahora quedaba sobre el cartón del calendario era la huella de estos subversivos adornos ya que la banderita sobre todo había sido raspada. En cambio sobre la madera sostenida por las imponentes columnas estaba todavía el pañito bordado del altar. Antes de llegar a la tabla que hacía de mesa sagrada, sobre las dos primeras columnas fundamentales, se elevaban otras dos como en un antiguo arco de gloria. Y en este altar, al lado de unos santos más pequeños, estaba situada la enorme cabeza sangrante del Cristo, una escultura prodigiosa, según decía Leopoldo. Ahora aparecía desierto el lugar donde antes se colocaba esta escultura, que tanto se hacía respetar por los niños, más a ambos lados podían verse aún simétricamente colocados los dos cirios que antes iluminaron al Dios Hijo y ahora parecían estar allí con la pretensión de hacer creer, hipócritamente, que eran sólo el ornato de un monumento pagano.

Después que hubo permanecido un buen rato echado en el diván, Arturo se decidió al fin a incorporarse disponiéndose a salir. Ahora se

sentía ya como nuevo, a tono con el alma de Madrid, y una vez vestido con sus ropas habituales parecíale que las palabras «Montoro», «El Carpio», «Cerro Muriano», las cuales designaban lugares por él bien conocidos así como los fusiles, pañuelos, escopetas, muertos, campos y rostros que había visto quedaban muy lejos ya, aunque estuviese vivo el recuerdo. El mismo creía verse allí extrañamente, sudoroso, impresionado, alegre o con la grave emoción de la camaradería y también con el pasmo de la muerte.

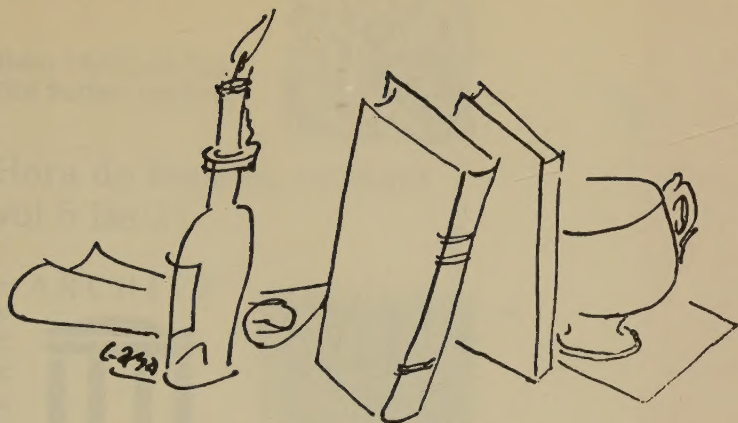
Ahora estaba en Madrid. Todo un mundo pasado se volcaba sobre su memoria. Iba ya a salir, pero no pudo resistir un impulso que inconscientemente hacía un rato que estaba reprimiendo. Era este el deseo, que antes había contenido tan sólo por un inexplicable pudor, para evitar burlarse de sí mismo, de subir los escalones de madera que se veían en un rincón del comedor y asomarse a la ventana que daba a la calle. Verdaderamente la idea de la escalerilla no era mala. Sin pensarlo más, emprendió en seguida la breve ascensión. Ante sí aparecía ahora el tejado en primer término, tan cerca que podía tocarlo con la mano; las tejas renegridas, húmedas aún por las lluvias recientes. Este tejado se extendía unos metros por delante de la ventanilla y luego la vista podía apreciar un vacío que era el correspondiente al cielo de la plaza que había abajo. Al fondo veíanse el Prado y el Retiro, el Madrid fastuoso cuajado de árboles. El cielo era purísimo, azulado, transparente. Arriba todo era calma y alta soledad, abajo percibíase también reposo e indiferencia.

Madrid no había cambiado o el cambio había sido sólo interno, no perceptible a primera vista.

Sentía ahora Arturo un vivo deseo de ver a las personas conocidas por él, entrar en los rincones familiares y pasar por las esquinas de calles céntricas por las que tantas otras veces había pasado solo o en compañía, triste o alegre. Y también quería ver ese otro Madrid remoto y difícil, íntimo, que muchas veces le había hecho meditar y asombrarse: el Madrid popular, corazón de las luchas en la Sierra contra el cruel fascismo, el Madrid de los barrios bajos, alma de la lucha gloriosa que libró el pueblo en defensa de sus libertades en los primeros días de la sublevación de los ricos y los generales, el mismo Madrid que luchó en 1808 contra las tropas invasoras de Murat.

Matildina había acudido al ver que el primo Arturo se disponía a marcharse. —Mamá está abajo con los pequeños — le dijo a Arturo tímidamente. Arturo sabía que «abajo» quería decir en el jardincillo inmediato que servía de lugar de recreo para todos los niños de los alrededores. No le desagradaba la idea de encontrar a Asunción y charlar con ella un rato y sin dudarlo ya más salió rápidamente para dirigirse al lugar indicado.

(*Continuará.*)



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

APARTADO CORREOS, 597. — BARCELONA

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 24 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 36 PESETAS